

**#REFUGIADAS**

# Estoy viva

Cartografías de resistencias de mujeres  
provenientes de África subsahariana

**Itziar Gandarias Goikoetxea**



A Clara, Sara y Jeanne,  
Por atreverse amostrar su dolor, y a su vez, sus resistencias.

A ellas y a tantas mujeres de África subsahariana,  
Que luchan diariamente para estar vivas.

Este documento ha contado con la participación de Raquel Celis y Verónica Álvarez,  
y con la colaboración de María Fernanda Mejía en la edición de textos.

**CEA(R)**  
EUSKADI  
Comisión Española  
de Ayuda al Refugiado

Cristo 9B – 5º/ 48007  
Bilbao  
Tel: 944248844  
[info@cear-euskadi.org](mailto:info@cear-euskadi.org)  
[www.cear-euskadi.org](http://www.cear-euskadi.org)  
Síguenos en



Esta publicación se encuentra  
bajo una licencia Creative  
Commons  
[https://creativecommons.org/  
licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es\\_ES](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es_ES)



**Año y lugar de edición:**  
2017, Bilbao.  
**Traducción:** Bakun Itzulpen eta  
Argitalpen Zerbitzuak, S.L.  
**Diseño y maquetación:**  
Señora Milton  
**Depósito legal:** BI-726-2017

**Financiado por:**



# Índice

<b>Introducción</b> .....	<b>06</b>
<b>1.- Metodología: Las producciones Narrativas</b> .....	<b>07</b>
1.1.- Procedimiento y dificultades .....	<b>07</b>
<b>2.- Causas de la salida: Persecución por motivos de género</b> .....	<b>09</b>
2.1.- Clara: la mujer que quería ser libre.....	<b>09</b>
2.2.- Jeanne: la flor que renace .....	<b>10</b>
2.3.- Sara: en busca de un sueño .....	<b>10</b>
<b>3.- Cartografías de resistencias</b> .....	<b>13</b>
<b>4.- Análisis psicosocial de las resistencias</b> .....	<b>19</b>
4.1.- En origen .....	<b>19</b>
4.2.- Durante el viaje .....	<b>21</b>
4.3.- En destino .....	<b>24</b>
<b>5.- Consideraciones finales</b> .....	<b>27</b>
<b>6.- Las narrativas</b> .....	<b>28</b>
6.1- Clara .....	<b>28</b>
6.2- Sara.....	<b>32</b>
<b>Notas</b> .....	<b>38</b>
<b>Bibliografía</b> .....	<b>39</b>

# Introducción

**LAS RELACIONES** de género son un campo de poder. Por tanto, entender las formas de la violencia contra las mujeres hoy es entender lo que atraviesa la sociedad como un todo. Los ensamblajes actuales entre la lógica del sistema patriarcal, capitalista y colonial, generan lo que Rita Segato (2016) denomina las nuevas guerras informales contemporáneas, donde el cuerpo de las mujeres es un bastidor en el que se inscribe la potencia de la masculinidad. La trata de mujeres con fines de explotación sexual y las múltiples violencias que éstas sufren en las zonas fronterizas y en el tránsito desde sus países de origen en África subsahariana hasta Europa, configuran estas nuevas guerras informales, donde el cuerpo de las mujeres es utilizado para reafirmar la dominación y el mandato de masculinidad de los hombres.

Uno de los pilares de sostenimiento del actual capitalismo neoliberal ha sido el expolio, o en terminología de David Harvey (2004), la acumulación por desposesión. Nos encontramos de ese modo ante un modelo social que amenaza la vida y que se sostiene sobre la dominación de las mujeres, la depredación de la naturaleza y la expropiación de los países de la periferia.

Como sostiene Silvia Federici (2011), la cuestión del control de los cuerpos de las mujeres es endémica a la historia del capitalismo desde su principio hasta hoy. Ya desde los siglos XVI y XVII, durante la caza de brujas del Medievo, hubo una persecución sin precedentes hacia las mujeres, donde el Estado y el capital intentaron quebrar el control que ellas habían ejercido sobre sus cuerpos y su sexualidad. De esta manera, el control del cuerpo de las mujeres no solo es una cuestión económica, sino también política. En otras palabras, y como reflexiona Federici (2011), el cuerpo de la mujer es la última frontera del capitalismo. Por ello, es tan importante la conquista del cuerpo de la mujer, porque el capitalismo depende de él.

Por tanto, para garantizar su supervivencia, este sistema necesita invisibilizar el conflicto irresoluble entre la lógica de acumulación del capital y la sostenibilidad de la vida en condiciones dignas. Esta invisibilización explica que la violencia contra las mujeres no sea leída como parte de un continuo de esfuerzos por articular un modelo social que pone la vida, y de manera específica, la vida de las mujeres, al servicio de la lógica de acumulación a cualquier precio. O, dicho de otro modo, que no se entienda el papel que juega la violencia contra las mujeres como violencia sistémica para la reproducción de la dominación de las mujeres en el actual sistema capitalista neoliberal.

Como señala Saskia Sassen (2015), la economía global no se expande sin consecuencias; lo hace a través de la expulsión y la pérdida de hábitat en favor de las grandes corporaciones. Hoy en día, el capitalismo sigue, por un lado, ampliando la fuerza de trabajo disponible para ser expropiada, y, por otro, continúa dependiendo de los cuerpos de las mujeres para perpetuarse. Bajo esta lógica, en un mundo de mercancías, la cosificación de los cuerpos de las mujeres, y concretamente los cuerpos de las mujeres más pobres, se torna imprescindible para tal fin. Para Rita Segato (2016:99), “el crimen y la acumulación de capital por medios ilegales dejó de ser excepcional para transformarse en estructural y estructurante de la política y de la economía”. Es decir, en esta fase extrema y apocalíptica del capitalismo, rapiñar, desplazar, desarraigar, esclavizar y explotar al máximo son el camino de la acumulación. Por lo tanto, es ahí donde se puede insertar la trata con fines de explotación sexual como forma actual de depredación del cuerpo de las mujeres

En este sentido, la trata con fines de explotación sexual no solo es una realidad con raíces culturales, sociales y políticas, es sobre todo *una realidad de mercado*. El mercado, desde la lógica capitalista y patriarcal, se impone en un momento en el que hay un poder de dueños. Una “dueñidad”, en términos de Segato (2016), donde una minoría opera con el objetivo de maximizar el beneficio y el interés individual. La existencia y el crecimiento de estas redes de trata de personas con fines de explotación sexual se alimentan de la creciente demanda de mujeres para el matrimonio, como empleadas domésticas o como trabajadoras sexuales en los países de destino, principalmente Europa. Más del 50% de las personas que migran desde los llamados “países del Sur” son mujeres que se ven abocadas a la búsqueda de nuevas estrategias de supervivencia para sí mismas y sus familias. Esto, en una supuesta aldea global que apoya todo tipo de movilidad y estimula la circulación de capitales, de mercancías y de consumo, pero que pone todo tipo de trabas a la libre circulación de personas. Todo ello, a cambio de la precarización de la capacidad productiva y afectiva de estas mujeres.

Precisamente, esta investigación ha tenido como finalidad mostrar y poner en valor las estrategias de supervivencia y resistencias que desarrollan las mujeres que emprenden el viaje desde sus países de origen, en África subsahariana, para superar el tránsito y hacer frente a su situación de explotación bajo las redes de trata y tráfico de personas. Se pretende cuestionar y trascender el concepto de “víctima” que se les atribuye, y que las coloca como receptoras pasivas de recursos o reproductoras del orden patriarcal de sus culturas. Por el contrario, partimos de una construcción de sujetas protagonistas y resilientes de unas vidas marcadas por diferentes historias de vulnerabilidad y vulneración de derechos humanos fundamentales.

A lo largo de las narrativas que se presentan, en tanto que mujeres en tránsito, el elemento “frontera” juega un papel fundamental. Por un lado, se encuentran las fronteras geográficas, esos espacios fronterizos en los que sufren los peores episodios de agresión del camino migratorio a manos de los cuerpos de seguridad de los distintos estados y de los grupos de traficantes que se conforman. Y por otro lado, tenemos las fronteras corporales; territorio personal que, a pesar de ser receptor de dichas agresiones, también constituye un lugar combatiente desde donde se generan resistencias ■

# Metodología:

## Las Producciones Narrativas

**LA PERSPECTIVA** de la narrativa enfatiza cómo el mundo está atravesado por narrativas y narraciones (Cabruja et al., 2000); es decir, nos hacemos comprender a través de historias. Nuestras relaciones con las demás personas y con nosotras mismas también las vivimos en forma de narrativa (Gergen y Gergen, 1983). Por tanto, las narrativas no son solo historias que relatan lo que nos ha pasado, sino que adquieren un papel fundamental como constructoras de significado.

Para Harold Goolishian (1994:297) “somos una autobiografía que escribimos y reescribimos en forma constante”, y es a través de las narraciones de nosotras mismas como dotamos al mundo y a nuestra propia experiencia de sentido.

Las narrativas, por tanto, no pueden ser aisladas del contexto socio-histórico en el que son producidas. Como sostienen Joan Pujol y Marisela Montenegro (2013:16), “son producciones que reproducen, cuestionan, alimentan, transforman e ironizan el contexto sociocultural en que se producen (...). Tienen efectos de realidad a la vez que pueden ser interpretadas y leídas de distintas maneras”.

Las epistemologías feministas y otras perspectivas como el socioconstruccionismo o la sociología del conocimiento científico (Gergen, 1985; Cabruja et al., 2000), conciben el conocimiento científico como una práctica social atravesada por relaciones de poder y dominación del contexto en el que emerge. Es así como la propuesta epistemológica de los conocimientos situados de Donna Haraway (1995) se distancia de esa noción de un conocimiento objetivo, neutral y universal del positivismo, reivindicando una mirada parcial y situada.

Partiendo de la propuesta de los conocimientos situados de Donna Haraway (1995), Marcel Balasch y Marisa Montenegro desarrollaron en el año 2003 la propuesta de las Producciones Narrativas. Esta técnica metodológica consiste en la producción de un texto conjunto a través de sesiones programadas entre investigadora y participantes, en las que conversan sobre diversos aspectos del fenómeno que se quiere estudiar, para después traducir la conversación en un texto organizado y comunicable.

En esta textualización, no se recogen las palabras de la participante, sino la forma en que ésta desea que sea leída su visión. Para ello, las participantes pueden modificar, corregir y expandir el texto hasta validar la narrativa final creada. Es importante resaltar que la autoría final del texto es de las participantes, quienes deciden el contenido final que recogerá el texto y cómo será expresado.

Una de las características de las Producciones Narrativas es generar metodologías más próximas, donde las participantes tengan una mayor agencia con el objetivo de romper la relación jerárquica entre la persona investigadora-sujeto de la investigación- y las participantes-objetos a investigar.

“Coser”, “tejer” o “viajar” pueden ser metáforas para describir el proceso de elaboración de las narrativas. Construir una producción narrativa es hilvanar un relato con lógica, en el que se organizan las ideas que han ido surgiendo a partir de los temas tratados. Esto genera procesos de reflexión conjunta entre investigadoras y sujetos participantes, tratando de aproximarse más a un diálogo o conversación que a la interacción pregunta-respuesta propia del cuestionario. En este sentido, las Producciones Narrativas validan el conocimiento y experiencia de las participantes al mismo nivel que el de la investigadora.

Este proceso de construcción conjunta de una narrativa no está exento de dificultades. En nuestro caso, sabíamos de antemano que la temática de las narrativas era sensible. El objetivo era recoger narrativas de mujeres provenientes del África subsahariana, residentes actualmente en el País Vasco y que hayan huido de sus países por persecución por motivos de género o que durante el tránsito la hayan sufrido. En este sentido, la construcción de las narrativas ha sido costosa y ha tenido algunas limitaciones que presentamos a continuación.

### 1.1.-Procedimiento y dificultades

La primera fase de la investigación fue identificar y entrar en contacto con las mujeres participantes. Para ello, primero indagamos entre las personas migrantes y refugiadas que atiende CEAR Euskadi. Posteriormente nos pusimos en contacto con otras organizaciones y colectivos que trabajan con mujeres del África subsahariana. Agradecemos la ayuda que recibimos de Munduko Medikiak, Auzolan, la Comisión Antisida de Bizkaia, Askabide, Cruz Roja, Asociación Nos Unimos, Mujeres del Mundo, la Fundación Ellacuría y Mujeres con Voz entre otras.

No fue fácil encontrar mujeres que quisieran compartir su experiencia. De aquellas mujeres con las que llevamos a cabo una primera entrevista no todas estaban en un momento adecuado para participar. En un caso, una mujer nos comentó que no se sentía con fuerza para volver a revivir la dureza de las historias que había vivido. Por otro lado, otra mujer, tenía muy reciente la experiencia de trata con fines de explotación sexual y no se sentía capaz de mirar hacia atrás y contar su historia.

Finalmente tres mujeres se animaron a participar en todo el proceso: dos mujeres de Nigeria y una de Camerún. Con cada una de ellas tuvimos un pequeño encuentro en el que les explicamos el objetivo de la investigación, el marco del proyecto, las características de la organización CEAR-Euskadi, en qué iban a consistir las sesiones y cómo íbamos a construir las narrativas, dejando muy claro que podían parar las sesiones en cualquier momento que quisieran. El cuidado en este sentido ha estado muy presente durante todo el trabajo, tanto durante las sesiones como después de las mismas, a través de llamadas telefónicas para saber cómo se encontraban tras la sesión.

Se les explicó que la sesión se centraría en tres temas: (i) *la salida* de su país, que incluía conversar sobre cómo era su vida antes de iniciar su viaje, su infancia, el contexto político y económico de su país, los hechos que le impulsaron a salir, así como sus expectativas del viaje. Un segundo tema se centraría en (ii) *el tránsito*. Esto incluía la experiencia durante el viaje, dificultades encontradas y estrategias de afrontamiento desarrolladas para hacerles frente. Por último, la conversación se centró en la (iii) *llegada*, haciendo hincapié en el impacto, el choque cultural, los apoyos sociales actuales, su relación con organizaciones y entidades sociales, y sus mecanismos actuales de afrontamiento y superación.

De las tres narrativas que construimos, únicamente publicamos dos de ellas, y que hemos incluido al final de este documento. Debido a su actual situación de amenaza, una de las participantes no quiso hacer pública su historia completa, pero sí nos has permitido utilizar algunos de los extractos de su narrativa. Todas ellas eligieron un nombre ficticio para la narrativa y también se consensuó con ellas el título final de cada texto.

La mayor dificultad que hemos encontrado ha sido poder establecer más de una sesión con ellas para construir y acordar la narrativa. Una de las participantes, poco después de la primera sesión, consiguió un trabajo fuera de Bilbao y fue imposible poder llevar a cabo una nueva sesión. En este caso, la validación de la narrativa se ha hecho por teléfono y por correo electrónico.

Otra limitación ha sido el idioma. Aunque ellas podían durante las sesiones expresarse en el idioma que quisieran, sobre todo para poder dar cuenta de las situaciones más emocionales, poder consensuar la narrativa final en castellano ha costado. Muchas de ellas se encuentran actualmente aprendiendo el idioma, por lo que no contaban con suficientes recursos lingüísticos en castellano para realizar grandes cambios a los textos. Asimismo, los silencios que a veces se producían debido al hecho de volver a recordar situaciones tremendamente duras, las pausas para tomar aire, las lágrimas, el llanto, así como las risas, se iban mezclando junto con las palabras. Sin embargo, durante la narrativa ha sido difícil poder dar cuenta de esta parte. Es por ello que, a la hora de textualizar las narrativas, surgieron cuestiones como: *¿es posible poner palabras a todo? ¿Es posible narrar el dolor?*

En este sentido, el derecho al silencio también estuvo presente, dando agencia a las mujeres para elegir qué contar y cuándo contarlo; e incluso, de todo lo que habían contado, tener la opción de decidir qué incluir en la narrativa final.

Por último, al finalizar las sesiones, también se dio un espacio para conversar con las participantes sobre el impacto que había tenido el hecho de narrar sus historias y cómo se habían sentido durante la sesión. Pero, sobre todo, se les dio la oportunidad de hablar sobre cómo se iban de la misma. Las tres mujeres coincidieron en decir que no podían creer que hubiesen estado hablando de continuo más de dos horas; en el caso de una, durante tres horas y media. Mencionaron una intensidad muy fuerte al narrar situaciones duras vividas, pero a su vez, las tres participantes se sorprendieron de haber permanecido tantas horas relatando su historia. Algunas de ellas sintieron un alivio psicológico posterior, ya que, por ejemplo, en uno de los casos, la participante no había contado a nadie su historia, salvo a la psicóloga de CEAR-Euskadi. En este sentido, el poder elaborar lo que le había ocurrido le hacía bien, a pesar de que cómo ella misma confiesa, hablar es, de alguna manera, revivir de nuevo lo vivido:

***“Si yo vació todo lo que tengo dentro de mi piel es muy feo. Cada vez que lo recuerdo me pongo a llorar, no puedo evitarlo. No sé cómo puedo vivir con esto (...) Contar mi historia me hace bien, eso me dice la psicóloga. A veces no puedo hablar mucho. Muchos paisanos míos no saben mi historia” (Jeanne).***

Autoras como Fiona Ross (2003 y 2006) y Kimberl y Theidon (2009), han explorado los silencios de mujeres, observando que estos pueden ser una decisión y estrategia activa de las mujeres cuando el marco de recepción de sus narraciones no hace justicia a su experiencia, puesto que reduce sus testimonios a la insignificancia o al victimismo. Para Kimberly Theidon(2009:121), las mujeres rutinariamente están obligadas a narrar sus experiencias en un idioma de vulnerabilidad sexual y degradación, en el que hay poco espacio discursivo para hablar del heroísmo femenino. Por ello se pregunta: “¿Qué significa sentirse obligada a narrar su vida en un idioma que jamás le podría hacer justicia?”.

Es por ello, que el cuidado y la co-creación de un clima de confianza entre la investigadora y las participantes ha sido clave para, por un lado, no generar una revictimización de las mujeres y, por otro lado, generar un espacio cómodo donde las mujeres se sintieran escuchadas, reconocidas y, por encima de todo, libres para elegir qué contar y cómo contarlo ■



# Causas de la salida: Persecución por motivos de género

**EN EL ÁMBITO** de la protección internacional del asilo, la persecución se define como la violación grave, sostenida o sistemática de los derechos humanos. Existe una persecución por motivos de género, en adelante PMG, cuando las violaciones de estos derechos fundamentales tienen relación con el papel que se le asigna a una persona por su identidad de género y su preferencia sexo-afectiva. Esta discriminación o trato menos favorable pueden llegar a equivaler a persecución y requerir de la protección internacional. Las mujeres que no cumplen las normas sociales y roles de género impuestos por el orden patriarcal y las personas con una identidad de género u orientación sexo-afectiva que no se ajustan a la heteronormatividad, sufren discriminación y persecución a través del control de su sexualidad, de su capacidad reproductiva y de su cuerpo.

Las leyes y normas sociales, religiosas o culturales discriminatorias, y las penas o castigos desproporcionados por transgredir este tipo de leyes y normas, realizados en el ámbito público o privado, son algunos de los mecanismos de imposición que se utilizan para el control y disciplinamiento de las personas que sufren PMG.

Según el Comité de la Convención sobre la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación contra la Mujer (CEDAW por sus siglas en inglés) las formas de persecución relacionadas con el género son las que van dirigidas contra una mujer por el mero hecho de serlo o que afectan en forma desproporcionada a las mujeres. La CEDAW señala que la violencia contra las mujeres es una de las principales formas de persecución que sufren las mujeres y reconoce las siguientes formas de persecución como motivos legítimos para acceder a la protección internacional: la amenaza de mutilación genital femenina; el matrimonio forzoso o a edad temprana; la amenaza de violencia o los denominados “delitos de honor”; la trata de mujeres con fines de explotación sexual; los ataques con ácido; la violación y otras formas de agresión sexual; las formas graves de violencia dentro de la pareja; la imposición de la pena capital u otras penas físicas contempladas en los sistemas de justicia.

Las historias que recogemos en este trabajo pertenecen a tres mujeres supervivientes de la PMG debido a su orientación sexo-afectiva, la negativa a cumplir la imposición de un matrimonio forzado y la captación para la explotación sexual.

## 2.1.- Clara: la mujer que quería ser libre

Podemos definir el matrimonio forzado como aquel que se produce sin el consentimiento válido de al menos una de las personas contrayentes. Este puede llevarse a cabo en personas adultas mayores de edad o entre menores de edad. La falta de consentimiento puede ser consecuencia de la fuerza y la intimidación ejercida por algún contrayente o por los propios familiares. Las Naciones Unidas contempla el matrimonio forzado como una forma de abuso de los Derechos Humanos, ya que viola los principios de libertad y autonomía del individuo. La Declaración Universal de los Derechos Humanos establece en su artículo 16: “Sólo mediante libre y pleno consentimiento de los futuros esposos podrá contraerse el matrimonio”.

El matrimonio forzado a edades muy tempranas es una práctica recurrente en muchos países, religiones y etnias. Se considera que su origen es cultural y no hay evidencia de que tenga sustento en preceptos religiosos específicos. En el caso de Clara, una mujer nigeriana del norte de Nigeria y proveniente de una familia musulmana, la edad para el casamiento suele ser los 10 años:

**“En el Norte tenemos la sharia, que implica que una mujer está obligada a llevar el velo y a casarse con quien le ordenen. No podemos subir en una moto o usar falda. Las niñas desde los 10 años estamos obligadas a casarnos. (...) Es todo un rito. Hay una presentación y cena oficial; primero con la familia y luego a ti te presentan el hombre” (Clara).**

Las niñas que son obligadas a casarse se ven atrapadas en una realidad marcada por la sumisión y la dependencia de los hombres. Generalmente, son obligadas a desempeñar servicio doméstico y sexual, además de sufrir otras violaciones a sus derechos, como el derecho a la salud, a la educación y a la libertad física y psicológica. Es una forma de violencia contra las mujeres, ya que anula completamente su voluntad, ignorando sus preferencias y considerando a las mujeres como una propiedad más de la familia o de la comunidad.

Las mujeres que se resisten, como Clara, van buscando estrategias para desviar la obligatoriedad del matrimonio. En su caso, desviar las proposiciones de matrimonio hacia sus hermanas y los estudios en la universidad, le sirvieron como maniobras para retrasar la imposición. Sin embargo, terminando la carrera, la insistencia del padre se incrementa:

**“Estando en el último año de universidad, estudiando Administración y Dirección de Empresas, mi padre llegó un día y me dijo que ya estaba preparada para casarme. Me trajo un hombre que era senador de la provincia, un hombre de 52 años. Yo tenía 20. Yo le dije: ‘papá, pero si no le conozco’. Y él me empezó a hablar de que era un hombre político con poder, que tenía ya 3 mujeres, pero que ninguna tenía estudios. Me decía: ‘tú tienes que presentarte para**

***ser su mujer, porque tú tienes estudios y él es político y te va a ayudar muchísimo a encontrar el trabajo que tú quieras. Si habla, tú no tienes que contestar, siempre decir que sí a todo”.***

***Yo entonces le dije: ‘vale, me lo pensaré’. Pero él me contestó que yo no tenía nada que pensar y que tenía que estar el día que se había fijado. Ese día discutí con mi padre. Le dije que era un hombre mayor, feo y que, además, tenía tres mujeres. ‘No me voy a casar con él’, le dije. Y mi padre se puso furioso. Trató de convencerme, diciéndome que yo iba a ser la última, la preferida y que no me iba a faltar de nada. Pero yo le dije que yo ya trabajaba y que no me hacía falta ese hombre. No era la primera vez que me enfrentaba a mi padre. Hasta entonces había podido sortearlo por medio de mis hermanas. Ya había venido una persona a pedirme la mano, que tenía un buen negocio y era una persona muy importante. Me pude escapar diciendo que a mi hermana le gustaba. Eso me salvó. Pero esta vez era más difícil. No tenía escapatoria” (Clara)***

Justo en ese momento, Clara conoce un chico que ha sido deportado del Estado español a Nigeria y que se encuentra en el calabozo. Ella le ayuda y él le habla de Europa y de las posibilidades de trabajo que Clara podría encontrar al tener estudios. La insistencia de su padre y las discusiones con él se agravan de tal manera, que Clara no ve otra posibilidad y decide salir de su país y emprender el viaje hacia Europa:

***“Un conocido de mi hermano me vino y me dijo si tenía ropa para dejarle a un chico que acababan de deportar de España y que estaba en el calabozo. Antes, cuando te devolvían a Nigeria, tenías que pagar una multa para poder salir. Yo le llevé ropa y así fue como le conocí. Me empezó a contar sobre Europa. Me decía que desde Marruecos Europa estaba muy cerca y que yo, que tenía estudios, iba a poder tener una vida muy buena. Yo, como me sentía muy presionada por mi padre, me entraron ganas de ir a Europa. Discutíamos mucho y entonces no vi otra salida. O me casaba con ese hombre o me iba a Europa.” (Clara)***

## **2.2.- Jeanne: la flor que renace**

Las personas con una preferencia sexo-afectiva, identidad o expresión de género que se aleja de los cánones dominantes de la sociedad pueden ser víctimas de discriminación, rechazo y violencia en la comunidad y la familia.

En numerosos países, las autoridades del gobierno acosan activamente, discriminan y detienen arbitrariamente a las personas LGTTBI (lesbianas, gays, transexuales, transgénero, bisexuales e intersexuales) por su preferencia sexo-afectiva o su identidad de género.

En el caso de Camerún, el país de origen de Jeanne, la homosexualidad es causa de castigo judicial, con penas de hasta cinco años de cárcel. La homosexualidad dentro de la sociedad es considerada una enfermedad que es necesario “curar” y existe, además de las violaciones correctivas, el repudio social y la justicia popular a través de la lapidación:

***“En mi país, la homosexualidad está penada por el código penal. No solo está penado por vía legal sino que también está la justicia popular, la gente va a buscarte y te pueden lapidar. Si la policía no viene hay un castigo social. Tienes que andar con mucho cuidado para que no se sepa, pues pueden denunciarte” (Jeanne).***

El sentimiento de rechazo social que existe en la sociedad provoca en numerosas ocasiones sentimientos de culpa y la sensación de haber realizado algo indebido. A esto se añade el ocultamiento y el silencio que tienen que mantener. Jeanne destaca la imposibilidad de poder contar a nadie su primera experiencia sexual con una mujer y su temprana edad, como una situación de mayor vulnerabilidad a la hora de tener recursos para hacerle frente y de integrar psicológicamente su experiencia. Por ello, una manera de borrar y olvidar lo que había ocurrido es estar y tener relaciones sexuales con un chico:

***“Yo allí nunca hablé con nadie de mi primera relación sexual con una mujer. Yo era muy joven y tienes vergüenza de hablar de ciertas cosas. Tuve una experiencia sexual con una chica. Yo me sentía un poco sucia y cuando salí del internado por vacaciones y regresé a mi casa, quería cambiar para saber si yo era normal. Me sentía mal por lo que había pasado y quería estar con un chico para olvidar la experiencia con esa chica” (Jeanne).***

Jeanne fue denunciada por tener una relación homosexual con otra mujer y antes de que la policía viniera a buscarle, decidió huir de su país. En ese momento su idea no era llegar hasta Europa sino quedarse dentro de África:

***“Yo en un principio no me imaginaba venir a Europa. Yo pensaba en Argelia, Marruecos. No sabía que podría llegar a Europa rápidamente” (Jeanne).***

Las personas LGTTBI y sus familias son a menudo marginadas de la sociedad y aisladas en sus propias comunidades. El ostracismo comunitario puede conllevar la pérdida de oportunidades sociales, de recursos y del apoyo incluso de la gente más querida y cercana. En el caso de Jeanne, su familia ha sufrido durante estos años un hostigamiento público con insultos y pintadas en la calle:

***“Ha sido duro porque venían a insultar a mi familia. Hacían pintadas en la casa, insultándoles. Mi madre si va al mercado, la gente todavía le insulta con cosas mías. Incluso, gente de la familia de mi mamá, la insulta cuando se reúnen” (Jeanne).***

## **2.3.- Sara: en busca de un sueño**

Las mujeres, principales víctimas del patriarcado y el capitalismo, son especialmente golpeadas por la pobreza, las desigualdades sociales y económicas, y por el fenómeno de mercantilización actual de las personas. Son ellas quienes, en muchas ocasiones, emprenden el camino migratorio como encargadas “naturales” del cuidado de la familia y de la comunidad.

Es el caso de Sara, una mujer del sur de Nigeria, proveniente de Benín City, la capital del estado de Edo en Nigeria, zona muy común donde se produce la trata de mujeres con fines de explotación sexual, es la situación de pobreza de su familia la que le impulsa a buscar cómo salir de su país:

***“Mi padre era costurero, y muchas veces no tenía ni para pagar el alquiler. Mi madre era peluquera y tenía un quiosco donde vendía cinco cosas que apenas le daban beneficios. Con eso vivíamos. Cada fin de semana mis hermanos venían al pueblo, a casa de mi abuela, porque tenía una huerta y así obtener alimentos, porque apenas nos alcanzaba. Y yo soy de comer, mi madre y mis hermanos se acostumbraban, pero a mí desde pequeña el cuerpo me pedía comer más. Allí el que tiene dinero es el que tiene poder. Dinero sí hay, pero hay mucha desigualdad. Porque los que tienen poder les dan los puestos importantes a sus familiares; todo se reparte entre muy pocas personas. En mi país, si naces en una familia pobre no tienes futuro. Me daba mucha pena de mi madre, porque mi padre la pegaba cuando venía de la tienda y no había comida en casa. En África los hombres pegan. Yo eso lo llevo fatal. No me gusta que mi padre pegue a mi madre. Yo cada día veo que somos más pobres y que mi madre sufre mucho y quiero ayudarle”***(Sara).

En condiciones de pobreza y necesidad económica, los riesgos que tienen las mujeres de sufrir violencia se incrementan. Tomando el caso de Sara, podemos distinguir cómo la violencia contra las mujeres se articula en torno a diferentes dimensiones. En primer lugar, la *violencia estructural*, que está ligada a las condiciones de pobreza de su familia, donde apenas les alcanza para comer. En segundo lugar, una *violencia simbólica-cultural*, que hace referencia a la discriminación y desvalorización que sufren las mujeres social y culturalmente. Y, por último, una *dimensión directa* de la violencia, en la que se concibe como natural que los hombres peguen a las mujeres.

Otros factores importantes para entender los movimientos migratorios desde Nigeria y su vinculación con el fenómeno de la trata con fines de explotación sexual son, por un lado, la demanda creciente de mujeres del Sur global para el mercado del sexo en Europa y, por otro lado, la idealización de la vida de las grandes ciudades de Europa. Para Rita Segato (2016), este “factor de atracción” está ligado a la idea imperante actual de abundancia y son construcciones propias de esta época histórica. Es “el fetichismo del Norte”, como “reino de mercancías y fantasía de la abundancia”, el que se impone y captura el imaginario social:

***“Yo veo que una compañera que dejó el cole antes que yo, con 12 años, se había ido a Italia. Y las noticias que nos llegaban era que la familia estaba mejor. Yo hablaba con ella por teléfono y me lo pintaba todo muy bien. Me decía que en Europa nada más llegar en el aeropuerto, el primer blanco que te ve te regala dinero. Me decía que hay mucho trabajo, que hay muchas cosas en la basura. Me decía que si trabajas en el campo, ganas 3.000 euros al mes. Si cuidas a una abuela, 4.000 y si cuidas niños, 3.500. Pero todo era mentira. No me contaba la verdad, que se venía a trabajar en la prostitución. Entonces eso me animó a pensar en marcharme”*** (Sara).

Sara tiene claro que no quiere arriesgarse a hacer el viaje por tierra porque mucha gente se muere en el mar. Ella sabe que hay personas que se dedican a llevar a la gente a Europa y pide a su madre que le consiga alguien que esté dispuesto a hacerlo a pesar de que no cuentan con muchos recursos económicos. Es importante destacar cómo en el estado de Edo el envío de mujeres y niñas a Europa a través de las redes, es percibido y construido socialmente como una estrategia migratoria y de desarrollo comunitario, convirtiéndose desde los años 90 en una fuente de riqueza que dinamiza la economía.

***“Y entonces con 17 años le digo a mis padres que busquen alguien para que me lleve a Europa. Yo tenía claro que no me iba a arriesgar a ir por Marruecos, porque allí es fijo que la gente muere en el mar, eso es una lotería. Si puedo cruzar igual muero. Tenía claro que quería viajar en avión. Pero mi madre me dice que es difícil, porque para que alguien me llevase a Europa hay que tener un aval o alguien que te avale. ‘¿Y quién nos va a avalar?’, me dijo. No tenemos un piso, no tenemos nada para dar como aval. Yo le dije que no importaba. Que buscarse a una persona que pudiera llevarme a Europa y que luego arreglábamos. Porque en mi país hay gente que se sabe el camino; es como si yo quiero ir a Bilbao y tú me orientas, yo te pago, yo no conozco Bilbao, pero tú sí y me orientas, me llevas hasta un sitio, y me dejas con un grupo de personas y me busco la vida. Mi padre ha encontrado un compañero de trabajo, vecino de la tienda y quedamos un día, pero yo no sé por qué no me fíe en aquel momento de él y decidí esperar. En ese momento, le dije que no a esa persona y al de unos meses, le dije a mi madre que me seguía interesando y que le buscara de nuevo”*** (Sara).

Como vemos, muchas de las personas que se dedican a trasladar a las mujeres y niñas son personas cercanas a la familia. En el caso de Sara, además, es destacable cómo ella sí que tiene poder de decisión y decide en un primer momento no viajar con la persona que se había ofrecido a llevarla.

La captación se produce de diversas maneras. Una forma, como en el caso de Sara, es mediante el engaño a las familias sobre el destino de sus hijas. Las personas tratantes proponen un futuro negocio en Europa, como puestos de trabajo en peluquería, hostelería, limpiando casas o cuidando niños y niñas. En estos casos, cuando las mujeres llegan a Europa, son informadas de que su destino es la explotación sexual:

***“Cuando llego a Valencia comienza la realidad. El señor me cita para hablar y me dice: ‘todo lo que estabas escuchando en África es mentira. Aquí no vas a trabajar en ninguna fábrica ni en el campo. Tienes que trabajar en la calle como hacen las demás chicas’*** (Sara).

Como señalan Women’s Link (2009, 2014) la trata es en ocasiones aprobada por la propia familia de la víctima, que la entiende como un sacrificio, como un precio que hay que pagar por el bien de la unidad familiar y, al mismo tiempo, de la comunidad. Enviar a una hija al extranjero sitúa a la familia en una posición de mayor estatus dentro de la comunidad.

Hay que tener en cuenta que en la cultura tradicional nigeriana de la zona de Edo, la familia tiene un peso trascendental donde el mandato de los hijos e hijas, orientado a cubrir las necesidades familiares, se superpone por encima de los proyectos y necesidades individuales. Algo también característico, es que se realiza una ceremonia de vudú para garantizar el acuerdo y contrato que se establece. Mediante este rito, las mujeres juran no delatar a las personas integrantes de la red de trata y cumplir con el pago de todos los gastos del trayecto, deuda, que luego en los países de llegada se incrementa llegando incluso a duplicarse porque los gastos de alquiler, comida, ropa, etc.; son impuestos por las personas traficantes. El control de las mujeres es extremo: desde las horas que tienen que estar en la calle ejerciendo la prostitución, hasta el control de la comida, que ropa ponerse, cuando ir al médico, etc. No se permite ningún movimiento que no esté bajo el control de la red. Además, en caso de no cumplir el acuerdo realizado por medio del vudú, es advertida de las consecuencias que sufrirá su familia en Nigeria. De esta manera, las mujeres son amenazadas mediante la posibilidad de infringir daño a sus familiares cercanos. El vudú es una ceremonia muy respetada por lo que la mayoría la cumple y se convierte en un mecanismo de control absoluto de las mujeres ■

# Cartografías de resistencias

**EL MAPA** es una construcción simbólica del territorio en el cual se da cuenta del espacio y de las relaciones que hay en y sobre el territorio. Los mapas nos permiten cartografiar no solo territorios y límites, sino también significados prácticos sociales. El recorrido desde los países de origen de nuestras protagonistas hasta Europa es duro y largo. En ocasiones, el viaje puede durar tres años, como en el caso de Clara. El tránsito está lleno de peligros, situaciones de violencia y obstáculos que se agravan más en el caso de las mujeres. Como señala Jeanne, “todo el viaje es muy peligroso y si eres mujer, aún más”. No obstante, frente a estos peligros y adversidades, las mujeres construyen estrategias de supervivencia y de autodefensa.

En la representación de la migración femenina desde los países de África subsahariana suele predominar una versión sesgada, que muestra a las mujeres viajeras mayoritariamente como víctimas indefensas, engañadas y explotadas por delincuentes de sus propios países de origen. Esta victimización tiene un doble efecto. Por un lado, esconde el hecho de que el caldo de cultivo de las organizaciones criminales que se lucran con la emigración es fruto de las políticas de externalización de las fronteras<sup>2</sup> y las legislaciones represivas europeas migratorias. Y por otro lado, evita que la discusión se centre en la responsabilidad que los países europeos tienen en los conflictos, guerras y saqueos de recursos naturales de los países desde donde huyen las personas migrantes, para infundir *políticas del miedo* a través de discursos sociales en los medios de comunicación como “avalancha” o “invasión” de personas refugiadas e inmigrantes.

Es por ello, que estas cartografías de resistencias tienen como finalidad romper con la imagen hegemónica de víctimas de las mujeres provenientes de los países de África subsahariana y poner el énfasis en las resistencias y estrategias que van desarrollando en el camino, así como en los recursos personales y sociales que traen en sus mochilas desde sus países de origen.

Tomando la perspectiva teórica foucaultiana, la resistencia es siempre consustancial al ejercicio de poder. Para Foucault (1976:116) “donde hay poder hay resistencia, y ésta nunca está en posición de exterioridad respecto del poder”. Esto implica que poder y resistencia comparten un mismo “lugar”. La resistencia no es reactiva ni negativa, es un proceso de creación y de transformación permanente. Los puntos de resistencia están presentes en todas partes dentro de la red de poder, de formas variadas y heterogéneas, aunque esta resistencia solo sea efectiva para transformar las situaciones cuando se multiplica y articula.

Por tanto, a través de estas cartografías de resistencias pretendemos analizar cómo opera el poder de manera situada, en tensión con las posibilidades de subversión que generan las mujeres antes, durante el tránsito y en el lugar de destino ■

# Leyenda



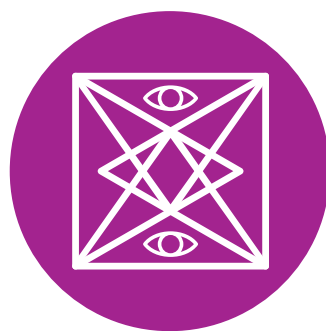
Figuras empoderantes



Trabajo y ocupación del tiempo



Creatividad/Economía del rebusque



Rituales religiosos



Capital cultural



Apoyo psicológico



Resiliencia



Pasar por musulmana



Apoyo entidades



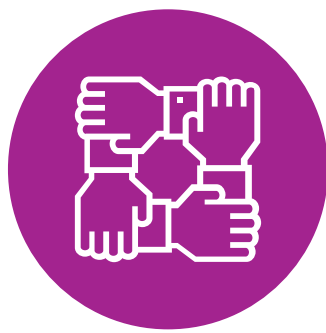
Peligro



Dinero



Marido/Novio de viaje



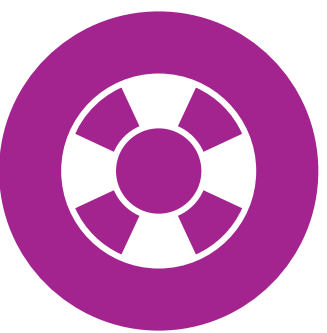
Participación social



Mapa



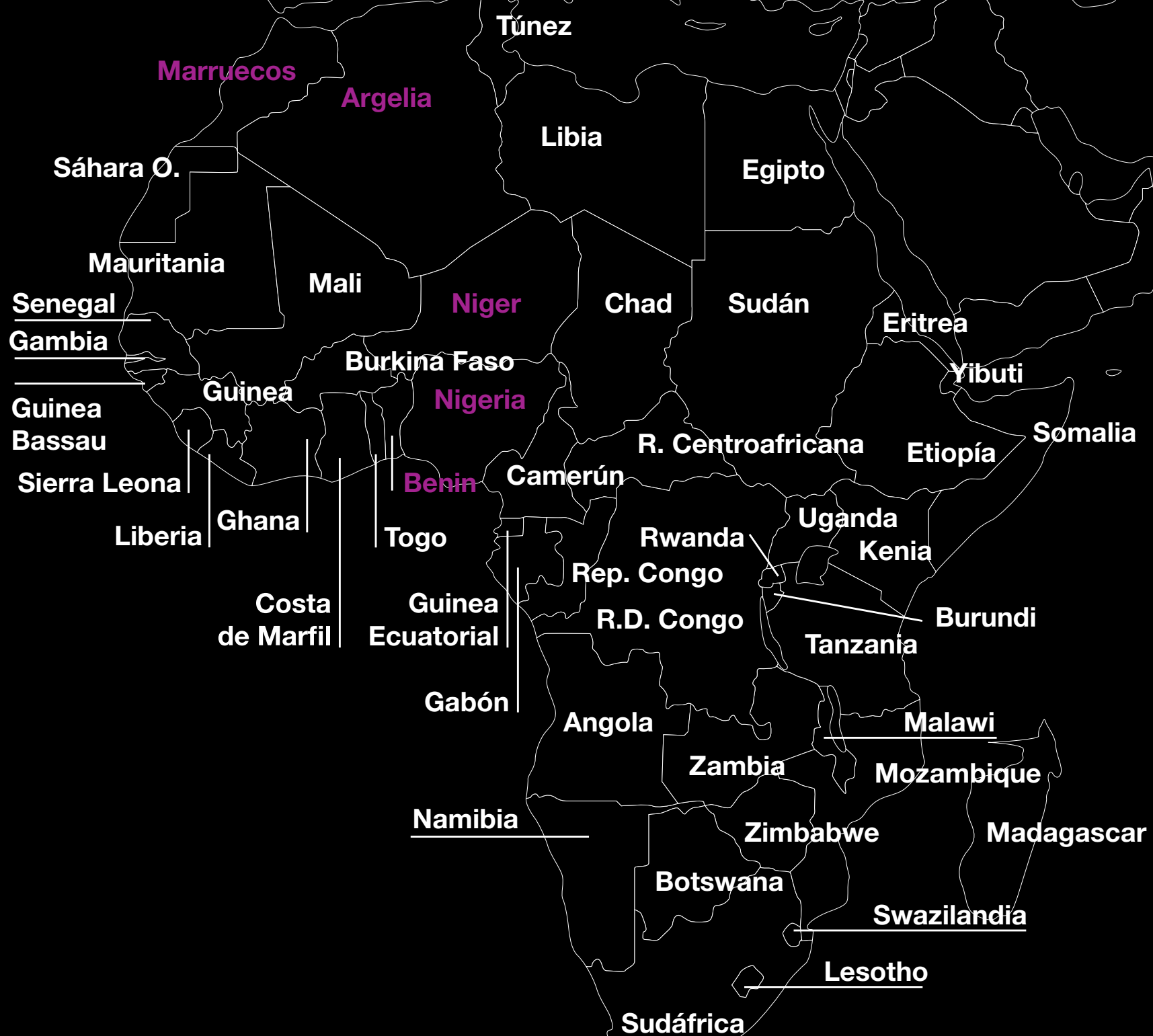
Proyectos de futuro



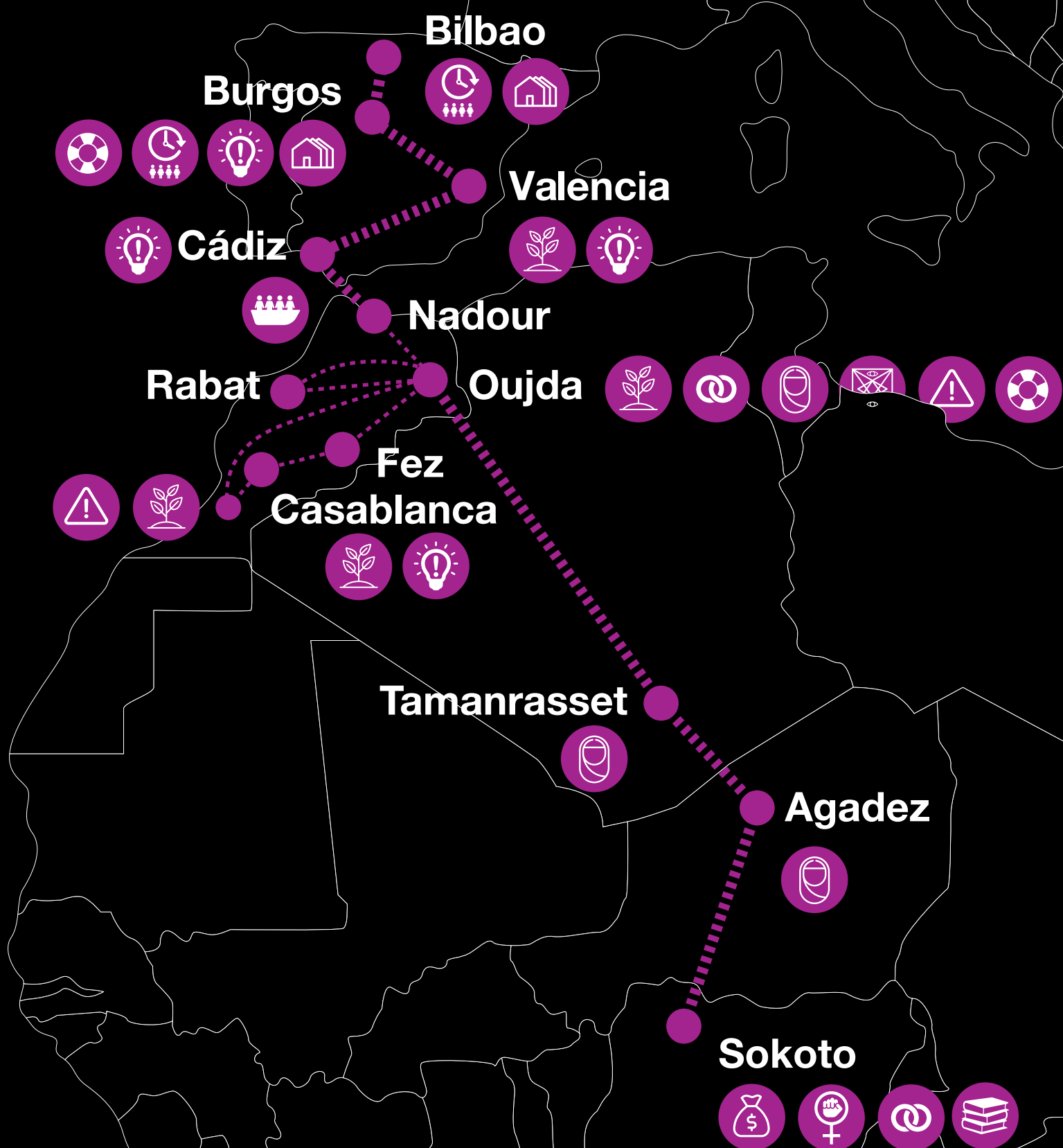
SOS



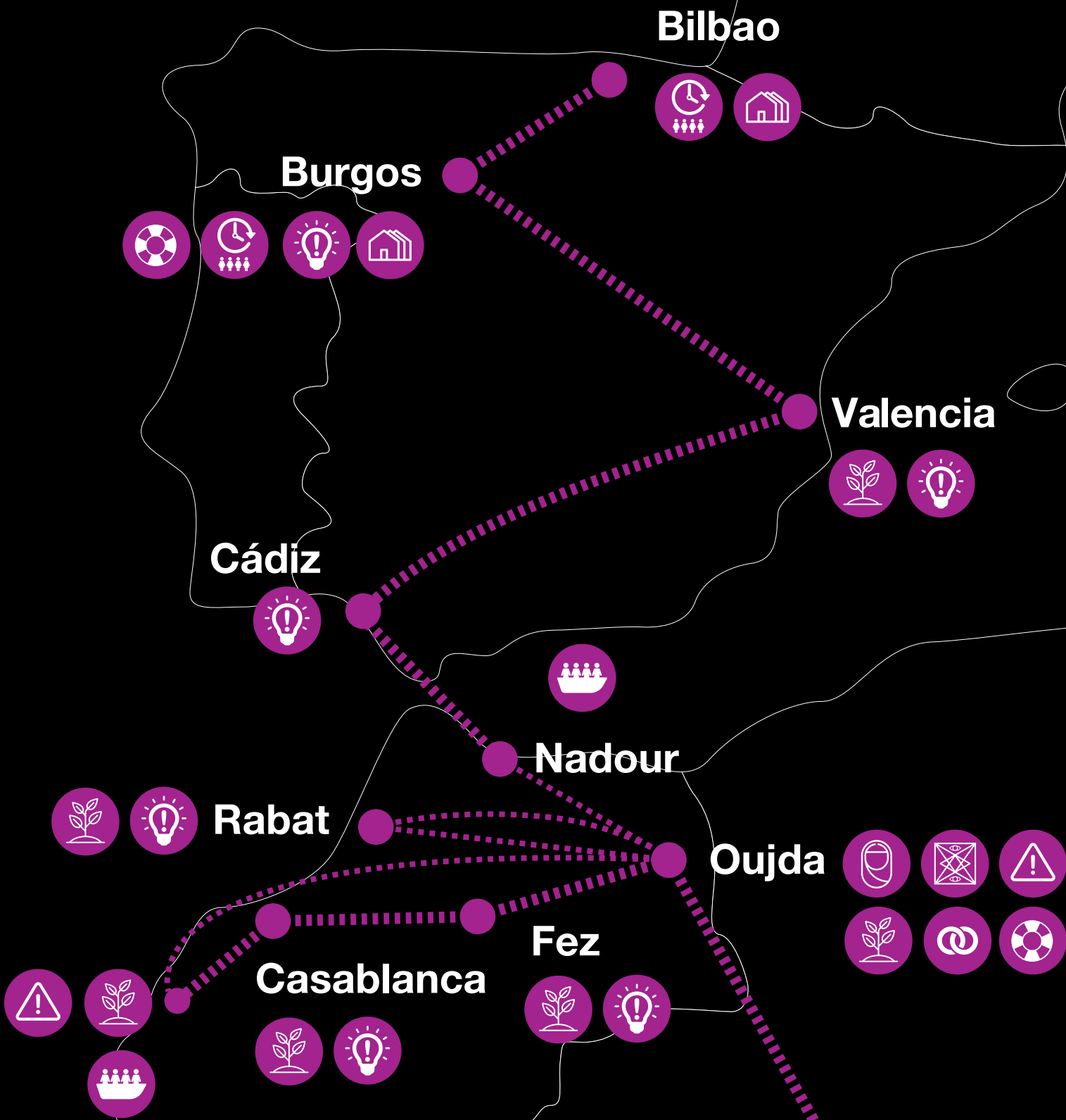
Patera



# África



Clara (mapa general)



Clara (detalle)





**Bilbao**



**Madrid**

**Valencia**



**Atenas**

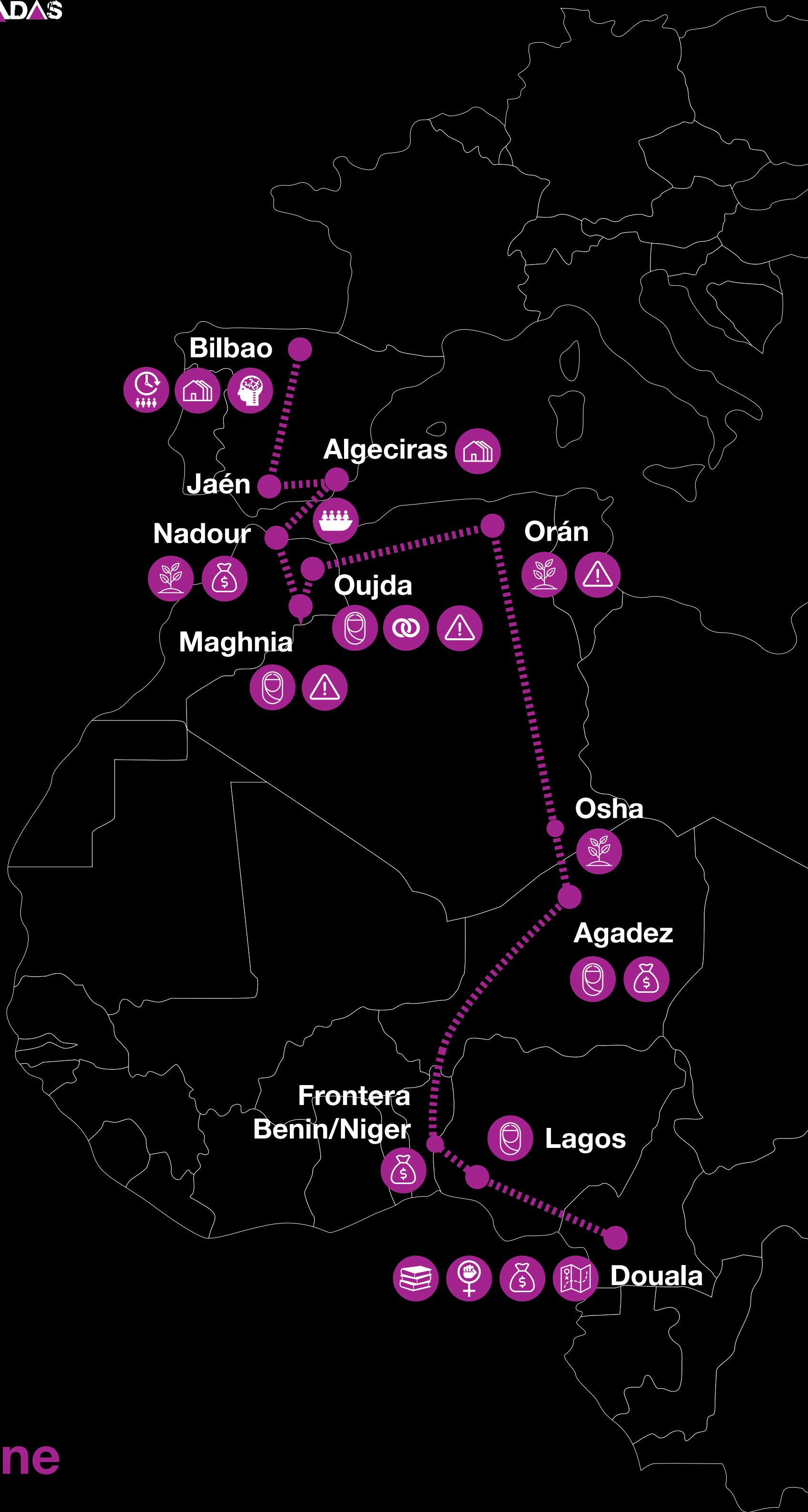


**Benin City**

**Lagos**



**Sara**



Jeanne

# Análisis psicosocial de las resistencias

## 4.1.- En origen

Las mujeres no salen de sus países con los bolsillos vacíos. Llevan capacidades y recursos que han adquirido durante su infancia y a través de sus familias, y que les permitirán durante el viaje y ya en la llegada a Europa, buscar mecanismos de supervivencia.



### ► Figuras clave empoderantes durante su infancia y adolescencia

Las protagonistas de las narrativas identifican figuras clave dentro de su familia que han tenido un papel importante en su recorrido vital y que rompen con los mandatos de género más tradicionales que refuerzan el papel de la mujer como sumisa, pasiva y dependiente del género masculino. Se trata de modelos educativos no tan rígidos que les permiten un mayor nivel de autonomía y libertad para ser ellas las propias constructoras de sus proyectos de vida. En el caso de Sara, ella destaca la educación menos rígida de su abuela en comparación con la de su padre, y para Clara, es su madre la que le remarca la importancia de ser autosuficiente económicamente:

***“Al crecer en un pueblo con mi abuela, tenía más libertad para moverme que si hubiera crecido en la capital con mi padre. Siempre andaba con chicas mayores que yo. Era más madura que las chicas de mi edad” (Sara).***

***“Mi madre siempre me habló de que lo más importante era la libertad. Quiero que seas libre. Tú trabaja, consigue tu dinero, no tienes que esperar a que un hombre te tenga que traer el dinero a casa para comer, o tener miedo para preguntarle al marido: ‘es que quiero comprar una falda’” (Clara)***

Al contrario de lo que comúnmente suele estar en el imaginario social, que identifica las infancias y familias de las mujeres africanas provenientes del África subsahariana como familias desestructuradas con un capital social pobre, las mujeres en sus narrativas tienen un recuerdo feliz de su infancia y adolescencia, y relatan experiencias afectivas positivas:

***“Aunque yo esté aquí ahora, yo disfruté mucho de mi país, muchísimo. Me lo pasé muy bien, no me faltaba de nada” (Clara).***

***“Tengo un recuerdo de mi infancia feliz, porque mi padre nos dio una educación muy libre, sin presión. Él estuvo muy cerca para cuidarnos” (Jeanne).***

En el caso de Jeanne, ella misma reconoce cómo su padre es una excepción dentro de la educación africana. Por un lado, porque rompe con una relación tradicional de marcada autoridad padre-hijos/as, caracterizada por una falta de comunicación y cercanía, y por otro, porque su padre es el referente para resolver sus dudas y hablar de temas controvertidos dentro de la familia, como por ejemplo, la sexualidad.

**“La educación que nos dio nuestro papá comparada con otros padres de África es muy diferente. Mi padre estaba mucho con nosotros, sus hijos; para hablar, para hacer cosas, para discutir. En general, en África no suele ser común hablar con tu papá, porque hay un gran respeto y distancia. Pero con mi papá sí era posible. Mis amigas se quedaban sorprendidas de cómo él hablaba con ellas. Hablábamos de todo con él, también sobre sexo. Nos daba consejos. Cuando tenía una pregunta sobre mi vida, mi papá era el que me daba consejo, no mi mamá. Yo recuerdo poder hablar con mi padre en voz alta. Nos ha dado la posibilidad de rebatirle, de no estar de acuerdo con él y argumentarle” (Jeanne).**

Para Clara, es su madre la figura clave, quien a partir de su experiencia de sufrimiento dentro de un matrimonio impuesto, no quiere que a su hija le ocurra lo mismo y es la que le ayuda a generar estrategias para liberarla de los planes de casamiento que tiene su padre para ella:

**“Mi madre fue clave para que yo creciera con la idea de no estar pendiente de un marido al que hacer la comida, pensando: ¡ay!, ¡que mi marido a ver a qué hora va a venir! ¡Tengo que hacer la comida!. Ella siempre decía: ‘tú eres la única chica que tengo, tienes que estudiar, tienes que tener tu libertad. Yo he sufrido mucho, pero yo no quiero ese sufrimiento para tí’. Ella me ayudó mucho, me ayudaba a cómo hacer trampas para librarme de los matrimonios que mi padre me quería imponer. Nos escribíamos por carta. Me daba consejos de como tenía que comportarme, qué hacer. Ella no pudo elegir a mi padre y no quería que a mí me pasara lo mismo” (Clara).**

Además de defensoras y luchadoras para que sus hijas no tengan que reproducir el mismo destino que ellas, las madres actúan como transmisoras de normas y valores sociales como la justicia y la honestidad:

**“Ella no quiere que yo le de dinero, porque cualquier día yo puedo robar dinero de la abuela para dárselo a ella. Mi madre no quiere que yo aprenda a robar. Porque si empiezo a dar dinero a mi madre y en cualquier momento no tengo para darle de lo que yo vendía en el mercado, pues habría cogido de mi abuela ya que tenía un montón” (Sara).**



### ► Capital cultural:

Un segundo recurso que es relevante señalar es la educación y la posibilidad de tener estudios. Las participantes valoran enormemente la posibilidad que sus familias les han dado para poder estudiar. Este capital cultural ha sido durante el tránsito y en el Estado español, fundamental para desarrollar estrategias de supervivencia:

**“Mi padre siempre decía que no tenía dinero o bienes materiales para dejarnos, pero que su herencia sería la educación. Por eso me envió a un internado que estaba fuera de mi ciudad, porque mi papá tenía claro que quería una educación seria para mí. Él quería que yo fuera a la universidad” (Jeanne).**

En el caso de Clara, llegar a la universidad implica romper con las normas de género de su familia, donde las mujeres tienen la obligación de dejar los estudios para casarse a partir de los 10 años. Por lo tanto, seguir estudiando, se convierte en una de las estrategias que le permiten retrasar las propuestas de matrimonio convenido que su padre le va ofreciendo:

**“Mi padre tenía una ley muy estricta. Hasta los 10 años salíamos a estudiar. Después de los 10 años, si eras chico, tenías posibilidad de seguir estudiando o de hacer cursos para trabajar en una profesión como mecánica por ejemplo; pero si eras chica, después de los 10 años y una vez que te bajaba la regla, tenías que casarte. Pero yo como era buena estudiante, llegué hasta la universidad y voy sorteando las propuestas de mi padre” (Clara).**



### ► Soñar y tener proyectos de vida

En estrecha relación con lo anterior, las expectativas y los proyectos de vida que las participantes tenían fueron elementos clave a la hora de tomar la decisión de salir de sus países. En lo que respecta a Clara, el quiebre de sus expectativas de llegar a ser una mujer autónoma y libre ante la amenaza del matrimonio forzado que le impone su padre, marca la decisión de marcharse del país:

**“Yo en ese momento solo quería ser libre. Tenía novio que era igbu, que hablaba otro idioma. Me gustaba pero no para casarme, ya que no era de mi misma cultura. Yo con esa edad solo quería pasármelo bien, buscaba “ser libre”. Mi sueño era acabar la carrera, tener un buen trabajo, tener mi propia casa, mi propio coche, tener mi libertad para hacer lo que me gustara” (Clara).**

Para Sara, sin embargo, Europa representa la posibilidad de salir de la situación de pobreza en la que vivía su familia y cumplir su sueño de estudiar y ser una profesional:

**“Yo cada día veo que somos más pobres y que mi madre sufre mucho, y quiero ayudarla. Yo tenía un sueño que era ser médico. Me habían dicho que en Europa el gobierno te pagaba por estudiar. Y entonces con 17 años le digo a mis padres que busque alguien para que me lleve a Europa” (Sara).**

#### 4.2.- Durante el viaje

Como señalábamos más arriba el viaje es muy peligroso, más aún para las mujeres. No obstante, las protagonistas de las narrativas desarrollan estrategias para defenderse de las agresiones y la violencia que se da sobre todo en las zonas fronterizas. Se trata de maniobras y pericias cotidianas que les permiten sobrevivir el día a día.



##### ► Los mapas como dispositivos de orientación

La decisión de salir cuando tu vida corre peligro es inminente y muchas veces apenas hay tiempo para la planificación. Sin embargo, incluso dentro de esa situación de salida in extremis, las mujeres planifican la ruta de viaje que seguirán, evitando las rutas menos peligrosas. Es el ejemplo de Jeanne, quien se aprovisiona de mapas escolares de países africanos para diseñar un recorrido que evite zonas de guerra y conflicto del norte de Camerún y Nigeria. Los mapas, por tanto, se convierten en dispositivos de orientación y de protección:

**“Cuando tomé la decisión de salir tenía como meta llegar a Marruecos. Pero, ¿cómo llegar? Tenía que salir por Nigeria. Compré un cuaderno escolar donde vienen los mapas de África que utilizan los alumnos en el colegio. Yo los recorté y me los llevé conmigo. Sabía que no podía irme a la parte del desierto de Nigeria ni al norte de Camerún porque allí estaba muy fuerte Boko Haram. La idea era hacer Nigeria-Níger-Argelia y Marruecos. Pero para ir a Níger tenía que subir hacia el norte de Nigeria y ahí estaba Boko Haram, así que me fui por el sur de Nigeria hasta la frontera con Benín en autobús y crucé a Benín donde hablan francés” (Jeanne).**



##### ► “El novio o marido del camino”

Una de las estrategias fundamentales que las mujeres ponen en marcha para enfrentar las diversas violencias del tránsito es vincularse con un hombre, con el que establecen un pacto. A cambio de disponibilidad sexual y labores domésticas, “el novio o marido de viaje” se compromete a protegerlas durante todo o parte del tránsito.

**“Tenía un amigo con el que salía para que me ayudara. No tenía más remedio que salir con él para continuar el viaje” (Jeanne).**

A veces, como relata Clara, este pacto también puede incluir pagarle “al novio del camino” el viaje hasta Europa:

**“Con el chico llegamos a un pacto. Yo pagaba su viaje y viajábamos como novios; es decir, él te cuida en el camino para que nadie te haga daño. Era la tercera vez que él iba a España” (Clara).**

En muchas ocasiones, como en el caso de Clara, el *husband* o marido del camino es parte de las redes de tráfico de personas y actúa también como *guideman*, figura que se dedica a trasladar desde Nigeria a Marruecos a mujeres y adolescentes que son captadas y engañadas, para después ejercer la prostitución en el Estado español. Debido a los numerosos viajes que realizan, estos hombres son conocidos entre los grupos de traficantes de personas que operan en las fronteras:

**“En la frontera, (los hombres) me preguntaron quién me había traído. Les dije el nombre del chico y me dijeron que le conocían. Sabían que había estado en España dos veces. Él era un “guideman”, la persona que se encarga de acompañarte en el viaje. Cómo le conocían, no me hicieron daño” (Clara).**

Además de estas dos figuras, también existe el *connection man*. Esta figura es la encargada del traslado de las personas por las fronteras a cambio de dinero:

**“Una forma es ir con un amigo del viaje, el guideman, y otra es ir pagando a los connection man que van haciendo los trayectos de frontera en frontera” (Clara)**

**“En las fronteras está la persona que te ayuda a cruzar. Un especialista del viaje al que pagas y te ayuda a atravesar. Tú pagas para poder atravesar la frontera y el desierto entre Níger y Argelia” (Jeanne).**

Viajar de forma individual, sin encomendarse a ninguna de estas figuras, se vuelve casi impensable en el caso de las mujeres. Figuras como el *guideman* o el *connection man* son parte de las redes de traficantes, que se benefician de transportar a personas entre países africanos hacia Europa. El traslado, por tanto, se convierte en un gran negocio, donde las personas dejan de ser sujetos para convertirse en objetos de mercancía y tráfico a desplazar. En ocasiones, para ganar más dinero, las personas van hacinadas en los camiones que traspasan la frontera, con más personas de las que en realidad caben y en condiciones inhumanas, sin comida ni agua. Jeanne relata la dureza de los tránsitos por las fronteras, los peligros y las muertes que se producen durante los mismos:

**“Es muy duro; viajas con miedo y con mucho calor. El hombre que me ayudó a atravesar ahora mismo está encarcelado, porque en el grupo siguiente al nuestro, atravesando el desierto, murieron más de 300 personas que iban en el camión. Salió en las noticias” (Jeanne).**



#### ► El velo: una prenda protectora

En Europa, es común que las mujeres musulmanas sean victimizadas por el hecho de llevar velo. El velo, una vestimenta destinada originariamente a cubrir la cabeza, se convierte en una marca hegemónica que, sistemáticamente, pone en duda la autonomía de estas mujeres para optar a llevarlo o no. Ese cuestionamiento de su ejercicio de libertad en la elección del velo, se desplaza a todos los ámbitos de decisión de sus vidas, de forma que un elemento teóricamente destinado a cubrir, refuerza la imagen de mujeres carentes de autonomía que necesitan ser develadas (Romero Bachiller, 2007). Sin embargo, durante el tránsito, para Jeanne y Clara, el velo y la vestimenta musulmana adquieren otro significado, una prenda de protección frente a las agresiones y violaciones de los hombres y la policía de las fronteras. El velo, actúa en esta situación, como objeto protector, convirtiéndolas en mujeres respetables a las que no se puede tocar:

**“Antes de viajar, vi que era un periodo de Ramadán y como toda la parte que yo atravesaba era musulmana, me he comprado ropa musulmana para vestirme como ellas, aunque yo no soy musulmana. Como era periodo de Ramadán, los hombres me mirarían e intentarían aprovecharse de mí si yo no iba vestida de musulmana. Por eso, por ejemplo, si yo salía a comprar agua, pues me ponía la vestimenta” (Jeanne).**

En el caso de Jeanne, la vestimenta musulmana se convierte claramente en las zonas más peligrosas, las zonas fronterizas, en una marca que va a distinguir a las mujeres entre cuerpos no violables (mujeres musulmanas y embarazadas), frente a aquellos cuerpos violables (el resto). *Hacerse pasar por musulmana*, es por tanto, para ella, una estrategia de evitación de agresiones y violaciones:

**“En la parte argelina, los policías estaban violando a las mujeres africanas. Te sacan todo, los papeles, el dinero. En la parte marroquí es igual, a las mujeres les tocan todo el rato. Yo iba vestida con ropa musulmana. En el grupo también había una mujer del Congo que estaba embarazada de verdad. Les dijimos que éramos musulmanas de Mali y que la compañera estaba embarazada y no nos tocaron. Tienes mucho miedo de que te pase, porque la mayoría de mujeres que pasaban eran violadas” (Jeanne).**

De la misma manera, para Clara, el provenir de una familia musulmana y hablar árabe, es un recurso que utiliza en varias ocasiones para evitar ser violada por los grupos de personas traficantes que se forman en las zonas fronterizas y en los guetos próximos a ellos, e incluso, para negociar con la propia policía cuando es detenida:

**Al hablar árabe los hombres que mandaban en el gueto me daban comida, eso me salvaba porque yo hablaba un idioma diferente (...). Cuando llegamos a Tamanrasset, una ciudad pequeña, la policía nos cogió y nos metió a todos al calabozo. A los que no tenían pasaporte los devolvían a Malí. En el camión íbamos personas de muchos países de Camerún, del Congo, de Ghana. Cuando estábamos en el calabozo como yo sé hablar “árabe” al ser musulmana, hablé con la policía para que nos hicieran una carta diciendo que estábamos de turismo e íbamos a la capital de Argelia un mes, y así, no nos volvieran a parar (Clara).**



### ► Rituales religiosos

Alrededor de las ciudades de paso durante el camino, como Oujda o Nador, en lugares boscosos, se forman asentamientos donde las personas se esconden para no ser interceptadas por la policía. Las condiciones higiénicas y de salubridad son nefastas. Apenas hay agua. Las mujeres suelen salir a la tarde e ir al centro de la ciudad para pedir dinero o recoger de los mercados la fruta o verdura que queda en el suelo o sobra. Las enfermedades y el hacinamiento son muy comunes en estos lugares, además del consumo de drogas y alcohol:

***“Allí, en Oujda, estábamos en una casa abandonada, como en una finca. Vivíamos ahí casi 1.000 personas o más; era un gueto. Cogíamos agua del pozo. La finca estaba un poco lejos de la ciudad de Oujda. Allí había muchos guideman que fumaban marihuana, hachís y bebían whisky porque tenían dinero” (Clara).***

Se forman bandas entre diferentes etnias. Las peleas, la violencia y los robos son muy comunes, por lo que suele haber líderes que, a cambio de comida u otros servicios, se convierten en guardianes del dinero de la gente más pobre de los asentamientos:

***“Normalmente mi dinero me lo guardaba un hombre en una tienda. Se encargaba de guardar el dinero de la gente que no tenía mucho. No le pagábamos, pero a él le comprábamos todo lo que necesitábamos para comer. Ese era el trato” (Clara).***

Estos asentamientos están llenos de *guideman* que se dedican a consumir droga y alcohol con el dinero que les envían hermanas o novias desde el Estado español. Mientras que estas mujeres están siendo tratadas para la explotación sexual y envían periódicamente dinero a estos hombres para que puedan viajar, ellos lo gastan en bebida y drogas:

***“Allí la gente fuma mucho por lo que el negocio iba muy bien. Muchas mujeres vienen a España a trabajar en prostitución y todo el dinero lo envían después a sus novios o hermanos que están en Marruecos y, muchos de ellos, se lo gastan en drogas. Conocí una chica que, por ejemplo, trabajaba en prostitución en España y le mandaba dinero a su novio en Marruecos que luego se lo gastaba todo en fumar y en alcohol que me compraba a mí” (Clara).***

De esta manera, para Clara, el contrabando y la venta de drogas y alcohol a los hombres del asentamiento se convierten en una fuente económica; es una estrategia de supervivencia para ahorrar dinero, continuar el viaje y sobrevivir en un mundo devaluado y hostil, de dominación masculina, donde la violencia contra las mujeres se exagera y sus cuerpos son reducidos a meros objetos de satisfacción sexual para los hombres:

***“El machismo ahí es horrible. Las mujeres además no valemos nada, solo para la cama” (Clara).***

Una estrategia que Clara utiliza para generar autoridad en ese mundo masculinizado es el uso de rituales religiosos. En muchos países africanos, el ejercicio de rituales, como el vudú en Nigeria, sigue siendo una práctica muy común y respetada que convive en sincretismo junto con el islam y el cristianismo. En el caso de Clara, la maldición contra los que le han hecho daño es su venganza para contrarrestar la ofensa y violencia que recibió públicamente:

***“A mí, por ejemplo, tres hombres me pegaron una paliza tremenda que durante dos días no me pude levantar. Al ser hombres nadie dijo “dejarla”. A mí me dolió muchísimo. Ellos no respetan a las mujeres y era mi derecho coger el dinero que me debían. Además, comían de la comida que yo preparaba y, estaba sola, así que les hice una maldición. Me desnudé delante de todos en una sala muy grande. Ellos me habían pegado delante de todos, y por eso yo también hice delante de todo el mundo la maldición. Les dije: “si yo les he hecho algo a ustedes yo al salir de este país no paso el mar, pero si yo no les he hecho nada, y era justo pedirles el dinero que me debían, nadie de vosotros se salvará al cruzar el mar” (Clara).***

Frente a no poder defender físicamente contra ellos, Clara se rebela por medio de la realización de un rito, maldiciendo a las personas que la han violentado. El desnudo de Clara en este sentido, elegido y hecho de manera pública, es un ejercicio de contrapoder que contrarresta la dominación masculina. Debido a que estas prácticas religiosas siguen teniendo mucho peso en la cultura africana, las personas dotan de credibilidad y legitimidad a la maldición y, como ejemplo del reconocimiento de su poder, le piden a Clara que la deshaga. De esta manera, Clara pasa de ser objeto de violencia por parte de los hombres a ser reconocida como una Bruja, una mujer con poder de acción y, por lo tanto, peligrosa:

***“Yo no tenía otro recurso, no podía pegarles. Si una mujer hace una maldición, después esa maldición ocurre. Al de dos días me llamó el líder del gueto. Me dijo que echar una maldición en su país era malo y que las personas podían morir. Me dijo: ‘Como tú nos has hecho la maldición, tienes que quitárnosla’. Lo que tienes que hacer para eso es comprar una oveja y comer el corazón crudo para quitárnosla’. Yo hablé con Mohamed, el chico árabe, y me llevó a una finca y compré una oveja por 100 euros y se las llevé. Ellos la mataron, la prepararon con un cuchillo. Me dieron el corazón crudo para que me lo comiera. Ellos me llamaban la Bruja del Norte por defenderme” (Clara)***



#### ► La resiliencia o capacidad de superación de adversidades

En sus narrativas, Jeanne y Clara resaltan, sobre todo, las zonas fronterizas como los lugares donde mayores brutalidades vieron cometer. Jeanne, destaca, por ejemplo, la frontera marroquí con Argelia como especialmente deshumanizadora, llegando a ver atrocidades que hasta entonces nunca antes se hubiera podido imaginar:

**“Es horrible. Yo ahí vi cosas que en mi vida había visto, ni hubiera nunca imaginado. Si alguien me habría contado esa historia no me la hubiera creído. Yo temblaba allí. Yo sabía que a mí no me iban a hacer nada, pero temblaba tanto, que dejé de tener apetito. Tenía incluso miedo de comer” (Jeanne).**

A la capacidad de superación de las adversidades que tenemos como seres humanos se le denomina resiliencia. La resiliencia, por tanto, es la capacidad individual o grupal que desarrollamos para seguir proyectándonos en el futuro a pesar de vivir acontecimientos desestabilizadores, de condiciones de vida difíciles y de traumas y sucesos graves (Manciaux, Vanistendael, Lecomte y Cyrulnik, 2001). En el caso de Sara, era esa capacidad de poder proyectarse en un futuro y pensar que lo que estaba viviendo era algo temporal, lo que le permitía seguir adelante y no tirar la toalla:

**“Lo que me ayudaba a seguir era pensar que esto era algo momentáneo, temporal. ‘Yo no me voy a quedar aquí para siempre’ (Sara).**

Vivir una experiencia traumática modifica la vida de una persona, sus creencias y su sistema de valores. Son experiencias que marcan de por vida. El horror de las vivencias deja, como da cuenta la narrativa de Jeanne, cicatrices físicas que le recuerdan de por vida la gravedad de las situaciones vividas. Pero a su vez, esas cicatrices son también huella y pruebas de su capacidad de resistencia y superación, y de que hoy, como ella misma narra, esté viva:

**“Cuando pienso todo esto de África, todo el dolor, para mí es duro tanto física como mentalmente. Es duro, pero ¿estoy viva, no?” (Clara).**

### 4.3 En destino



#### ► De víctimas a agentes: la participación social

El viaje no acaba con la llegada al Estado español. Jeanne, Sara y Clara hablan de que una vez alcanzada la costa española, surgen otras dificultades. El idioma, el desconocimiento de una cultura y un país distinto al suyo, la soledad y la falta de información, son algunos de los obstáculos que mencionan. Para Sara, la falta de información y el desconocimiento del idioma te colocan en una situación de mayor vulnerabilidad, que tiene efectos e impactos a nivel emocional. Sara recuerda esos momentos con mucha angustia:

**“Fue horrible porque estás en un país que no conoces, con falta de información, sin hablar el idioma(...). Yo sé lo que es no saber nada, no tener información. Hasta que no vives una situación así no la puedes comprender” (Sara).**

Es por ello que, para contrarrestar el sufrimiento que vivió, decidió participar en los talleres que ofrece la Comisión Antisida de Bizkaia y convertirse en agente de salud para informar y asesorar a otras mujeres africanas que se pudieran encontrar en situaciones parecidas a las que ella vivió:

**“Me animé a ir a la Comisión Antisida a dar talleres, porque yo cuando vine no tenía ninguna información y sufrí mucho. Para mí no tener información es como un infierno. Yo por eso sufrí mucho. Y sé que hay mujeres que lo están pasando muy mal en silencio. Por eso yo salía a la calle con la Comisión Antisida a dar información y a orientar” (Sara).**

De esta manera, el vínculo y el trabajo con entidades sociales se tornan en estrategias, por un lado, de empoderamiento individual que permite a estas mujeres resignificar la experiencia de vulnerabilidad vivida y, por otro, de participación social, que las sitúa como agentes activas dentro de las sociedades de destino en el asesoramiento y ayuda a otras mujeres.





### ► El vínculo y apoyo de las entidades social espasa procesar y resignificar lo vivido

Además de la desorientación y el desconocimiento, hay otros factores que dificultan el contacto y vínculo con la sociedad de destino. Sara, por ejemplo, menciona cómo durante el primer año y medio de su estancia en Bilbao, a pesar de vivir en San Francisco, no conoció ninguna asociación. En su caso, fue una confusión la que le llevó a entrar a contacto con la asociación Askabide. Con la intención de entregar su currículum, Sara se dirige a la que creía era la oficina de empleo, cuando en realidad se encontraba en el edificio de la Ertzaintza; allí, es la Ertzaintzala que le derivaría a Askabide:

**“Un día que estaba buscando trabajo pasé por Zabalburu, por el edificio de la Ertzaintza, pero yo no sabía que era la policía. En Valencia había oficinas que tenían el aspecto del edificio de la Ertzaintza de Zabalburu. Yo veo además que entra y sale gente continuamente. Durante más de un año, la única zona que yo transito es San Francisco y Autonomía. No conozco más sitios. Entonces entré en el edificio de la Ertzaintza para dejar mi currículum. Y me tocó un policía majo que dijo: ‘llevas por aquí poco tiempo, ¿no? Esto es la Ertzaintza’. ¿Qué significa Ertzaintza?’, le pregunté. ‘Policía del País Vasco’, respondió. El policía hablaba inglés porque yo aún no hablaba bien castellano. Me dijo: ‘Te voy a orientar a una asociación en la que te pueden ayudar a buscar trabajo’” (Sara).**

Un factor importante que menciona Sara y que influye para acercarse y acceder a entidades sociales es la desconfianza que se les infunde sobre las mismas. Es muy común el mensaje constante dentro de algunas comunidades africanas, especialmente la nigeriana, de que las asociaciones son colaboradoras de la policía y, por lo tanto, representan una amenaza:

**“Desde el principio nos meten el miedo de que no podemos acercarnos a una asociación. Entonces, yo no preguntaba. De hecho llevaba un año y seis meses en Bilbao y apenas conocía recursos. Nos decían que la gente de asociaciones y organizaciones no son gente fiable, que están relacionados con la policía” (Sara).**

Por otro lado, el impacto de la llegada a un sitio nuevo, hace que esa primera ayuda recibida sea valorada y recordada de una manera muy especial. Es el caso de Clara, quien en su narrativa, da cuenta de cómo y quién la recibió nada más llegar a la ciudad:

**“Cuando llegué a Burgos el chico que me estaba esperando me dejó en las puertas de Cáritas. Recuerdo que llegué a las seis de la mañana y no estaba abierto. Recién abrió a las ocho o nueve. Y a esa hora entró la abogada de Cáritas, no me voy a olvidar de ella. Le expliqué mi historia y me dijo que no me preocupara, que me iba a mandar a una casa de acogida” (Clara).**

Además de la acogida, las mujeres valoran el apoyo psicológico como un recurso clave para poder procesar los eventos más traumáticos y duros. Para Jeanne, contar con la ayuda de los psicólogos le ha permitido poner palabras al horror vivido, contar a alguien por primera vez desde que salió de su país su historia, y salir así del silencio:

**“Lo que me pasó ese día ahora lo he empezado a poder hablar, pero durante mucho tiempo no podía ni siquiera decir una palabra. Gracias a la ayuda de los psicólogos es que ahora puedo hablar” (Jeanne).**



### ► La economía del rebusque y la creatividad

Para subsistir económicamente, las participantes hablan de una diversificación de empleos por los que pasan durante sus años de estancia en el Estado español; trabajos mayoritariamente feminizados y asociados al cuidado y a las tareas del hogar, ocupados en una alta proporción por mujeres migradas con condiciones laborales y salariales muy precarias.

**“Me salió otro trabajo de barrendera. Trabajé dos años limpiando las calles. También en un almacén, en una fábrica de zapatos, ordenando los zapatos en caja, en limpieza. Pero llega un momento que por la crisis ya no hay trabajo” (Sara).**

Como relata Sara, estas mujeres buscan nuevas fuentes de ingreso a través de la multiplicación de trabajos, poniendo en *práctica las economías del rebusque*, que Amaia Pérez Orozco (2014) rescata de las economías informales de América Latina<sup>4</sup>. Aplicadas al contexto de la crisis en el Norte Global,

las economías del rebusque se traducirían en modalidades de trabajo carentes de un marco institucional de relaciones laborales y que por lo tanto, no dan seguridad ni acceso satisfactorio a derechos sociales y económicos. Es el ejemplo de Sara, quien trabaja de ayudante de cocina por el día y de cuidadora por las noches en una residencia, en la que la dejan sola a cargo del cuidado de todas las personas mayores:

**“Me contratan como ayudante de cocina pero luego me ponen en el turno de noche sin hablar bien el castellano y sin el título de enfermería. Eso no era legal, porque me dejaban sola en la residencia. Pero claro, si por el día cobramos 700 euros y estábamos un equipo de 4, por la noche te pagaban 1.000 euros pero estabas tú sola. Era cuidar, desde las 10 de la noche hasta las 6 de la mañana” (Sara).**

Estas economías del rebusque vienen acompañadas también de la creatividad y de la búsqueda de alternativas para aprender nuevas habilidades. Al no dominar el castellano, Clara, por ejemplo, narra cómo en la casa donde estaba como trabajadora del hogar, aprendió a cocinar a través de la televisión, imitando los platos que veía realizar al cocinero Karlos Arguiñano:

**“Allí en la casa aprendí a cocinar, mirando la tele. Aunque hice un curso, aprendí más viendo a Karlos Arguiñano. Cualquier cosa que cocinase Karlos yo decía “¡Vamos al supermercado! Y luego les encantaba. Yo cuidaba del marido de la señora y de la hermana del marido. Íbamos al supermercado y yo le decía qué comprar. Y me decía ella: “muy caro, ¿no?”. Y yo le decía que era comida de lujo. Así aprendí a cocinar, a los hijos les encantaba” (Clara).**

Son episodios que lejos de quedarse en simples anécdotas dan cuenta de las capacidades que tienen las mujeres para aprender, adaptarse a las nuevas circunstancias y hacer frente a las dificultades que se encuentran en su día a día.



#### ► El trabajo y la ocupación del tiempo para ahuyentar las preocupaciones

Olvidar y pasar página de lo vivido no es fácil, sobre todo en los casos en los que las mujeres han tenido que salir de manera acelerada de sus países y dejar allí a sus familiares e hijos. Es por ello, que para Jeanne es muy importante la posibilidad de estudiar y acceder a cursos que ofrecen las entidades sociales, como una manera, no solo de aprender, sino también de mantener la cabeza ocupada, evitar pensamientos intrusivos y poder descansar a las noches:

**“Todos los días pienso sobre cómo ser fuerte y salir adelante. No quiero vivir sin hacer nada. No quiero quedarme sola con mis pensamientos, prefiero hacer cosas, acercarme a alguna asociación a hacer actividades. Me hace bien, así que cuando llego a casa estoy cansada y directamente me duermo” (Jeanne).**

Igualmente, participar en espacios sociales, como la iglesia, con compañeros y compañeras africanas es una estrategia para socializar y no quedarse sola, rumiando con sus preocupaciones y problemas:

**“También voy mucho a la iglesia, hay mucho africano paisano allí. Paso mucho tiempo allí, para hablar con la gente, hacer cosas. Es una manera de hacer cosas y estar con gente” (Jeanne).**

Esas ganas y afán por trabajar y valerse por ellas mismas, es algo que atraviesa las tres narrativas de Clara, Jeanne y Sara. Durante todo el proceso de construcción de las narrativas, el trabajo o la búsqueda del mismo ha sido una prioridad constante en todas ellas:

**“Quiero trabajar, para mí no es cómodo cobrar la RGI5. Me da igual dónde, estoy abierta” (Jeanne).**

**“Me gustaría mucho trabajar de lo que sea: cuidar personas, hacer limpieza, lo que sea. Ahora mismo no puedo decir lo que me gusta. Trabajaría en lo que fuera” (Clara).**

De hecho, el cierre de las narrativas, Clara lo hacía desde Madrid. Encontró trabajo allí y sin pensárselo dos veces se marchó. Sara, trabaja actualmente de forma discontinua cuando le llaman y por las mañanas va a la EPA6 a aprender castellano, al igual que Jeanne, que compagina el graduado escolar por las mañanas con cursos de informática por las tardes. Mujeres que además de valientes, supervivientes y vivas, se definen como trabajadoras ■

# Algunas consideraciones finales

**A PARTIR** de las narrativas y el análisis de las resistencias sintetizamos algunas reflexiones finales.

En primer lugar, no estamos ante mujeres a las cuales se les abre el mundo al llegar a los países de destino, sino que llegan aquí porque tienen ya el mundo abierto. Es decir, son mujeres con recursos y experiencias previas que les permiten construir mecanismos de supervivencia. Las mujeres, por tanto, tienen agencia para evitar situaciones de peligrosidad y para desarrollar las estrategias más adecuadas para cada circunstancia.

En segundo lugar, las narrativas están atravesadas por la violencia tanto en el origen como en el tránsito y también una vez que llegan y se asientan en el Estado español. Aunque este trabajo se ha centrado en las estrategias de afrontamiento de las mujeres, las narrativas completas que se recogen a continuación son una muestra de las múltiples violencias que atraviesan la vida de las mujeres. Violencias, que tienen su argamasa en un sistema capitalista, patriarcal y neocolonial que necesita la cosificación de los cuerpos de las mujeres, para su dominación y explotación en beneficio de una actual dueñidad del mundo que recae en manos de unos pocos. Se trata, por tanto, de un *continuum* de violencia, que no cesa cuando llegan al país de destino; sino que, una vez allí, se entrelaza con otras violencias como la de la pareja o la violencia institucional y racista.

Por último, las narrativas nos hablan continuamente de la tensión entre sujeción y agencia; es decir, cómo somos cuerpos sujetos a los sistemas de dominación que muchas veces reproducimos sin ser conscientes de ellos, pero, a su vez, también somos cuerpos resistentes con capacidad de enfrentar y transformar situaciones ■

# Narrativas

## 6.1.- Clara, la mujer que quería ser libre

### ► En origen

Me llamo Clara, tengo 32 años y soy del norte de Nigeria de la provincia de Sokoto. Es una provincia donde se produce mucho arroz, alubias y azúcar, mayoritariamente musulmana donde la gente se ayuda entre ella. El que tiene da y al que no tiene dinero siempre hay alguien que le ayuda.

Al ser limítrofe con Níger, viven muchas personas de Níger que vienen a Sokoto porque su país es muy pobre. Muchas de estas personas acaban viviendo en la calle y pueden acabar siendo captadas por el grupo terrorista Boko Haram. Al principio se decía que era una guerra entre cristianos y musulmanes, pero luego también empezaron a poner bombas en las iglesias musulmanas.

La provincia de Sokoto es mayoritariamente musulmana. La zona del sur de Nigeria, sin embargo, es más cristiana. En el Norte tenemos la sharia, que implica que una mujer está obligada a llevar el velo y a casarse con quien le ordenen. No podemos subir en una moto o usar falda. Las niñas desde los diez años estamos obligadas a casarnos. Mi hermana, por ejemplo, se casó a los doce años y ahora por suerte ya está separada. Tenía a su cargo trece hijos aunque no todos eran suyos. Con doce años una no está preparada para el matrimonio. En mi caso, yo era la favorita de mi padre y de mi hermano mayor porque era buena estudiante y sacaba muy buenas notas.

Yo nací en Lagos, en la capital. Mi padre era militar, tenía un cargo alto en el ejército y tierras y animales que le daban dinero. Tenía cuatro mujeres, y ocho concubinas. Al ser militar tenía casas en Lagos y en el norte, en Sokoto, donde tenía tierras y personas que trabajaban para él porque mis hermanos eran unos vagos y no querían trabajar en las tierras. La casa de Sokoto era enorme. Tenía veinticuatro habitaciones, con salas y una cocina muy grande. Dormíamos cuatro en una habitación. Y además teníamos un apartamento en la propia ciudad de Sokoto de cuatro habitaciones.

Mi padre tenía una ley muy estricta. Hasta los diez años salíamos a estudiar. Después de los diez años si eras chico tenías posibilidad de seguir estudiando o de hacer cursos para trabajar en una profesión como mecánica, por ejemplo, pero si eras chica después de los diez años, una vez que te bajaba la regla, tenías que casarte.

Yo hasta los tres años viví con mi padre en la capital, en Lagos, pero luego me fui con mi hermano mayor a Sokoto. Vivía con él hasta que se fue y entonces me adoptó un vecino a mí y a una hermana mía. Él era mi profesor de secundaria. Como yo era buena estudiante me acogió y viví con él durante varios años hasta la universidad. Él tenía dieciocho hijos. Era como un padre para mí.

Cuando tenía tres años, mi madre abandonó a mi padre y regresó a su casa a la provincia de Oujda. Durante muchos años no entendí muy bien por qué había hecho las maletas y había regresado a su tierra. Aparentemente no tenía ningún problema con mi padre y yo nunca se lo pregunté. Pero cuando fui creciendo, fui entendiéndolo. Mi padre era un hombre violento, de carácter muy fuerte, era imposible vivir en esa situación. Él tenía cuatro esposas y ocho concubinas; mi madre era la segunda esposa. A pesar de que ella tenía muchas mejores condiciones que las concubinas no lo soportó. Sin embargo, nunca se separó de mi padre y vivió feliz estando sola.

En el último año de universidad, estudiando Administración y Dirección de Empresas, mi padre llegó un día a Sokoto y me dijo que ya estaba preparada para casarme. Me trajo un hombre que era senador de la provincia, un hombre de cincuenta y dos años. Yo tenía veinte. Yo le dije "papá pero si yo ni le conozco". Y él me empezó a hablar de que era un hombre político con poder que tenía ya tres mujeres pero que ninguna tenía estudios. Me decía "Tú tienes que presentarte para ser su mujer, porque tú tienes estudios y él es político y te va a ayudar muchísimo a encontrar el trabajo que tú quieras". "Si él habla tú no tienes que contestar, siempre decir que sí". Yo entonces le dije "vale me lo pensaré". Pero él me contestó que yo no tenía nada que pensar y que tenía que estar el día que se había fijado.

Es todo un rito. Hay una presentación y cena oficial primero con la familia y luego te presentan a tí el hombre. Yo ese día discutí con mi padre. Le dije que era un hombre mayor, feo y que además tenía tres mujeres. "No me voy a casar con él" le dije. Y mi padre se puso furioso. Trató de convencerme diciéndome que yo iba a ser la última, la preferida y que no me iba a faltar de nada. Pero yo le dije que yo ya trabajaba y que no me hacía falta ese hombre. No era la primera vez que me enfrentaba a mi padre. Hasta entonces había podido sortearlo por medio de mis hermanas. Había uno que vino a pedirme la mano, era una persona que tenía un buen negocio, una persona muy importante. Y me pude escapar diciendo que a mi hermana le gustaba. Eso me salvó. Pero esta vez, era más difícil, no tenía escapatoria.

Como estaba terminando la universidad me tocaba hacer “el servicio al país”, que suelen ser un año. Me mandaron al sur donde hablan igbo. Yo hablaba hausa y yoruba. Mi madre era yoruba y mi padre hausa. Cuando estaba haciendo el servicio un conocido de mi hermano me vino y me dijo si tenía ropa de mi hermano para dejarle a un chico que acababan de deportar de España y que estaba en el calabozo. Antes cuando te devolvían a Nigeria tenías que pagar una multa para poder salir. Yo le llevé ropa y así fue como le conocí. Me empezó a contar sobre Europa. Me decía que desde Marruecos Europa estaba muy cerca y que yo que tenía estudios iba a poder tener una vida muy buena. Yo como me sentía muy presionada por mi padre me entraron ganas de ir a Europa. Discutíamos mucho y entonces no vi otra salida. O me casaba con ese hombre o me iba a Europa. Este chico me dijo que necesitaba 5000 euros. Yo no tenía ese dinero, pero si podía conseguir 2500 euros, calculando lo que tenía en la cuenta y vendiendo dos joyas de oro que tenía mi madre. Cambié el dinero que tenía a euros y a través de este chico me hicieron dos pasaportes para que pudiéramos viajar, ya que yo tenía que pagar su transporte y él me ayudaría en el camino.

Él me hablaba muy bien de Europa, de España de Italia. Que ahí viviría en libertad. Yo en esos días lloraba continuamente pensando que me tenía que casar con ese hombre. No veía como podía escaparme. Pensaba en la alternativa de “portarme mal” para que me pidiera el divorcio después. A veces si la mujer tiene un mal carácter, te van dando los divorcios y puedes ser libre. Ese era mi plan alternativo: “si me tengo que casar con ese hombre, vale, me caso, pero me pongo mal, con un carácter tan malo que acabaría pidiéndome el divorcio”. En la cultura musulmana necesitas divorciarte tres veces para ser libre.

Yo en ese momento solo quería ser libre. Tenía un novio que era igbo, que hablaba otro idioma. Me gustaba pero no para casarme, ya que no era de mi misma cultura. Yo con esa edad solo quería pasármelo bien, buscaba “ser libre”. Mi sueño era acabar la carrera, tener un buen trabajo, tener mi propia casa, mi propio coche, tener mi libertad para hacer lo que me gustara. No estar pendiente de un marido al que hacer la comida, pensando “¡ay! ¡qué mi marido a qué hora va a venir! ¡Tengo que hacer la comida!”.

Creo que mi madre fue clave para eso. Ella siempre decía “tú eres la única chica que tengo, tienes que estudiar, tienes que tener tu libertad. Yo he sufrido mucho, pero yo no quiero ese sufrimiento para ti. Quiero que seas libre. Tú trabaja, consigue tu dinero, no tienes que esperar a que un hombre te tenga que traer el dinero a casa, para comer, o tener miedo para preguntarle a tu marido, ¿es que quiero comprar una falda?”. Mi madre siempre me habló de que lo más importante era la libertad. Ella me ayudó mucho, me ayudaba a cómo hacer trampas para librarme de los matrimonios que mi padre me quería imponer. Nos escribíamos por carta. Me daba consejos de como tenía que comportarme, que hacer. Ella no pudo elegir a mi padre y no quería que a mí me pasara lo mismo.

Cuando decido marcharme no digo nada a nadie, ni siquiera a mi madre. Cuando llegué a Marruecos tardé tres meses en llamar a mi familia. Llamé a mi hermano mayor y él después habló con mi madre. A los dos-tres años de que yo me fuera murió mi padre. Yo volví a Nigeria en el 2011. No hubiera vuelto si él hubiera estado vivo. Ahora que me he cambiado a cristiana me mataría con piedras.

### ► Un tránsito de tres años

Cuando salimos de Nigeria tenía 2.450 euros, cuando cambié de la moneda nigeriana a euros y cuando vendí los dos oros que tenía. Con el chico llegamos a un pacto. Yo pagaba su viaje y viajábamos como novios, con la condición de que me cuidara en el camino para que nadie me hiciera daño. Era la tercera vez que él iba a España.

Como soy del norte y hablo hausa al igual que en Níger, decidimos salir por la frontera de Níger en camión hasta la ciudad de Agadez. En la frontera no me dijeron nada porque hablo el mismo idioma. A las demás personas sí que les pedían pero a mí no, y como él venía conmigo le dejaron pasar. Para llegar a Agadez hay que pasar el desierto de Teneré. Si se rompe el camión tienes que ir andando; es durísimo. Nosotros cuando íbamos llevábamos una mochila con sardinas de lata e “indomie” que es una pastal oriental que pones tres minutos y te la comes, cacahuets y azúcar.

Cuando llegamos a Agadez pagué 200 euros para ir en un camión hasta Argelia. Íbamos 52 personas. Cuando llegamos a Tamanrasset, una ciudad pequeña, la policía nos cogió y nos metió a todos al calabozo. A los que no tenían pasaporte los devolvían a Malí. En el camión íbamos personas de muchos países de Camerún, del Congo, de Ghana. Cuando estábamos en el calabozo como yo sé hablar “árabe” al ser musulmana, hablé con la policía para que nos hicieran una carta diciendo que estábamos de turismo e íbamos a la capital de Argelia un mes, y así, no nos volvieran a parar. Cuando salimos de allí cogimos directamente un autobús hasta la frontera de Marruecos, en Oujda. Cuando llegamos a Oujda teníamos que andar, esa frontera es muy peligrosa. Si te pillan la policía o las mafias africanas a las mujeres las violan. Llegamos a las seis de la tarde a la frontera y el chico me dijo, “hay que buscar un sitio porque si no te van a violar y a mí me van a matar”.

Yo no podía creer lo que me estaba diciendo. Empezamos a discutir porque él no me había contado todos los peligros del viaje: que había que sufrir, que había que andar, que iba a estar en el calabozo. Yo perdí la confianza en él y en las cosas que me decía. Pero no me quedaba otro remedio que seguir. Al ser una zona de desierto pasamos la noche sin hablar para no hacer ruido. Él me decía que si me pillaban la policía marroquí me iba a violar y también los africanos que están en la frontera te quitan todo el dinero y te violan y a los hombres los matan. Teníamos que andar en silencio. Había veces que tenías que quitarte los zapatos para no hacer ruido, para no tocar los árboles, para que no se moviera nada. Así fue como llegamos a la ciudad de Oujda.

Hay peligros por todas partes. Hay grupos de africanos que esperan por la noche a la gente que viene. Si te cruzas con ellos te quitan todo tu dinero, toda tu ropa, te quitan todo. Y además, si tienes hermanos o parientes en Europa, cogen el número de teléfono de un hermano tuyo y le piden dinero. Es una extorsión. Te atan y te pegan y te ponen el teléfono en el oído para que tu hermano oiga que chillas. Hay gente que no se lo cree y luego se entera de que su hermana o hermano que estaba viajando hacia Europa está muerto.

Recuerdo que llegamos a la ciudad de Oujda sobre las cuatro de la mañana y cogimos un autobús para ir a Casablanca, donde alquilamos una casa por cien euros al mes. Luego subió la renta y nos fuimos de alquiler a otra casa donde estuvimos tres-cuatro meses. Después bajamos a un pueblo que está debajo de Marrakech desde donde salen cayucos para ir a las Palmas de Gran Canaria. El viaje era unos 800 -1.000 euros y no nos llegaba para los dos, así que yo me fui sola. Era una barca pequeña para la pesca con motor para seis-ocho personas. En nuestra barca íbamos 59 y había otro en el que eran 60. Había niños y mujeres embarazadas. Nada más salir, no sé qué paso, pero una ola tumbó el cayuco. Yo no sé nadar, pero la ola me tiró hacia la orilla. Cuando me incorporé al lado mío había cuerpos de personas muertas. Fue todo muy rápido, en un segundo, como en un abrir y cerrar de ojos. De los 59 que estábamos, sobrevivimos 22. Y del otro barco murieron todos. Yo estuve tres días en shock, no podía hablar. Los niños y las mujeres embarazadas murieron.

La policía vino y nos llevó a comisaría y nos devolvió de nuevo a Oujda, y de ahí al final de la frontera entre Argelia y Marruecos. Yo estaba sola y tenía que luchar por mi cuenta.

Cuando llegué a la frontera vi a la mafia. A nosotros ya no nos iban a hacer nada porque no veníamos de Nigeria; ya no éramos nuevos. Me preguntaron: “¿Cuántos años llevas en Marruecos?”. No podía decirles dos-tres meses. Les dije que dos-tres años. Y luego me preguntaron quién me había traído. Les dije el nombre del chico y me dijeron que le conocían. Sabían que había estado en España dos veces. Él era un “*guideman*”, la persona que se encarga de acompañarte en el viaje. Yo estaba sola y tenía que buscar cómo sobrevivir en ese lugar tan peligroso. Como le conocían yo les pregunté por el chico y sabían quién era:

- Si, le conozco. ¡Ya ha venido otra vez!, me dijo.
- Sí, él me trajo, le contesté.

Yo en ese momento estaba sola y en la frontera hay que tener mucho cuidado con las mafias. Te piden dinero, 500 euros y si no lo tienes o no lo mandan desde fuera te meten en un cubo de agua si hace frío. Si no hace frío, te atan de pies y manos y te ponen un trapo sucio en la boca. Es horrible. Yo ahí vi cosas que en mi vida había visto, ni hubiera nunca imaginado. Si alguien me habría contado esa historia no me la hubiera creído. Yo temblaba allí. Yo sabía que a mí no me iban a hacer nada, pero temblaba tanto que dejé de tener apetito. Tenía incluso miedo de comer. Yo estuve allí con la mafia una semana hasta poder ir con gente que supiera cómo llegar a la zona donde se cogía el tren de mercancías que te lleva a Rabat. Hay que andar seis horas por la frontera con Marruecos, por el desierto hasta la zona donde se coge el tren. Si no andas rápido te quedas atrás y te pierdes y nadie va a preguntar por ti. Nadie te espera. Además tienes que tener cuidado para que no te coja la policía en la frontera. Todo esto con las extorsiones de las personas de la mafia, que llaman a familiares en Europa pidiéndoles dinero porque si no matan a su familiar. Piden por ejemplo 1.500 euros.

Ahí te das cuenta que traer a la gente es igual que traer droga. No hay diferencia. Hay además mucha violencia, si no consiguen extorsionarles, les pegan, les maltratan, les dejan marcas en el cuerpo. Les pegan como si fueran animales o peor aún. Hay gente que se queda con marcas después de pasar por las mafias, hay algunas personas que después no le funciona una mano. Yo he visto personas que tenían dos ojos y después de salir de Argelia en la frontera con Marruecos ya solo les quedaba uno. Con las mujeres es terrible. Una chica que vino de Nigeria se ha quedado en Marruecos y perdió la virginidad porque no tenía dinero para pagar. Si el que te ha traído no le ha dado el dinero, tienes que acostarte con un hombre para poder comer, o sino ir a la calle a pedir...

Muchas veces el viaje lo pagan familiares que están en Europa. Imagínate, que yo me quiero traer a mi hermana de Nigeria. Primero tengo que pagar a una persona en Nigeria que le va a enseñar el camino a cambio de cuidarla, es el *guideman*. Y al *guideman* le pago también el transporte. Pero luego en la frontera con Marruecos tienes que pagar entre 1.500 y 2.000 euros para poder pasar la frontera. Si no les pagas pueden hacerte cualquier cosa. Ahí en la frontera, es cuando pagas a los *connection man* que son los encargados de pasarte por la frontera. Es decir, una forma es ir con un amigo de viaje, el *guideman* y otra es ir pagando a los *connection man* que van haciendo los trayectos de frontera en frontera.

Todas estas mafias se organizan desde Europa. Por ejemplo, algunos dicen que necesitan diez chicas para que vengan a Europa a trabajar en prostitución. Entonces pagan al *guideman* y las trae hasta Marruecos. Ese *guideman* pide dinero, 10.000 euros por ejemplo y una mensualidad para comer durante todo el tiempo que acompaña a la chica hasta que llega a Europa. Cuando la chica llega a Europa la mafia le paga y vuelve de nuevo al país de origen para traer otra chica para otra mafia. Lo peor de todo es que la mafia contrata a los *guideman* pero todo ese dinero luego lo tiene que pagar la chica. Estamos hablando de 40.000 o 50.000 euros de deuda. Antes creo que pagaban más. Las engañan, ellas no saben que luego cuando llegan a España tienen que pagar esa deuda. Cuando están en sus países les dicen que es muy fácil, que simplemente consiste en coger un autobús y todo recto, y que además cuando llegas a España vas a trabajar de peluquera, o como costurera, o de camarera en un restaurante. Si eres una persona mayor, más de cuarenta años si te lo dicen más claramente. Pero a las chicas jóvenes de veinte años no les dicen la verdad. Luego cuando llegan a España, y por ejemplo consiguen asilo político y, llegan a la casa de la patrona que ha pagado el viaje para que vengas, te quitan el papel de asilo y no te empadronan. Te van además cambiando de sitio cada mes. Las chicas no saben ni donde están: Madrid, Málaga... Te van cambiando hasta que pagas toda la deuda. Muchas son menores de quince-dieciséis o diecisiete años, mujeres muy flacas, porque las mafias quieren chicas delgadas y guapas para que trabajen en prostitución.

En el tren de mercancías te tienes que subir en marcha, tienes que correr. Lo cogíamos cerca de la ciudad de Oujda, pero a la ciudad no entrábamos. Esperábamos en el desierto. Cerca hay un pueblo pequeño, un sitio donde no va tan rápido el tren. Nos subíamos en marcha. Recuerdo un chico que se subió y se cayó. No sé qué habrá sido de él. Cuando pasan esas cosas una se pregunta si no es mejor quedarse en su país, porque una pasa tantas cosas, tanto sufrimiento. Recuerdo que fue todo muy rápido. Era el primer intento que hacíamos. El tren no paró tal y como nos habían dicho, no bajó la velocidad. Fue todo en un segundo. Él se quería subir y se cayó, uno de sus pies quedó atrás y otro hacia adelante. Empezó a salir sangre y sangre. Yo con tanta sangre me desmayaba. Estábamos cincuenta personas, y veinte intentando subir. Yo no lo intenté y como pasó el accidente del chico ese día no subí. No sabíamos qué hacer. Nos quitábamos la ropa y se la atábamos. Pero había mucha sangre. No sé cómo no murió. Llamamos a Médicos sin Fronteras y vinieron. Pero también vino la policía y tuvimos que huir a otro pueblo para coger el tren.

Sé que el chico se quedó en el hospital con las piernas amputadas durante tres-seis meses. Yo ese día no tenía hambre. Recuerdo que tenía un trozo de pan en mi mochila pero no me entraba. No tenía ánimo, no estaba ni feliz ni triste. Cuando recordaba todo lo que había visto lloraba; las chicas que violaban, el accidente del chico.... Entonces empezaba a pensar: “¿para qué salí de mi país? Si lo llego a saber me caso”. Me empezaba a arrepentir. Pensaba “si yo tengo una buena vida en Nigeria, una chica joven, con estudios y trabajo y ahora ¿de qué me servía eso?”. Quizás mi padre tenía razón. Yo lloraba y estaba muy triste pero no lo hablaba con nadie. Y luego al día siguiente a la noche intentamos de nuevo subir al tren. Algunas de las personas que estaban en el grupo nos decían que un montón de gente se había matado subiéndose al tren. Yo tenía miedo, al resto del grupo parecía darle igual pero yo temblaba.

Subimos al tren y llegamos a Fez, y allí de nuevo la policía nos echó. Ya me habían avisado que una vez que la policía se pone a echar a la gente es mejor no esperar: tus pies tienen que estar más rápidos que tu cabeza. La policía cogió a dos-tres personas y el resto continuamos hasta la siguiente estación. Buscamos refugio y andamos y encontramos una finca donde nos regalaron pan y aceite de oliva. Teníamos que esperar a la noche para montar porque por el día el tren lleva mercancías y no se puede. Recuerdo que, a la noche, cuando nos subimos dentro del tren había arena y nos la echábamos por encima para que la policía no nos pillara otra vez. En el primer tren que iba de Oujda a Rabat, aunque la policía nos paró en Fez, íbamos por fuera agarradas pero luego en este segundo tren íbamos dentro. Cuando el tren paraba tenías que estar atenta si oías a la policía o no. Entonces no te tenías que mover, porque a veces subían a los vagones y tenías que estar dentro de la arena sin moverte. A veces en vez de arena había piedras o incluso estiércol y caca. Yo luego tuve que ir cuatro o cinco veces, pero la primera vez me impactó.

Cuando cogimos ese segundo tren llegamos a Rabat y allí llame al chico y le dije que ya había llegado. Él me dijo que fuera a Takadoum un barrio de Rabat, conocido como el gueto de los africanos. Me dijo que fuese preguntando para ver cómo llegar. Recuerdo que preguntabas donde estaba Takadoum y te decían que era una bario peligroso, que ahí estaban los inmigrantes, que había siempre peleas y que te cortaban las manos y te hacían de todo.

La gente marroquí en Rabat era maja. Si les decías que no habías comido nada, te daban pan, cuscús, lo que tienen en casa. Si es viernes te dan una comida. Sin embargo, tu paisano, para que te dé comida tienes que acostarte con él.

Allí se forman bandas que pelean entre ellas. En Nigeria se llaman "kotzies". Son bandas que se ven como enemigas y pelean. Cuando yo estuve, los inmigrantes no podían trabajar en Marruecos, y entonces se formaban muchas bandas. Quizás ahora que pueden trabajar no hay tantas bandas, pero entonces era terrible. Estuvimos allí mucho tiempo y cuando ya no había dinero para pagar la casa, volvimos a Oujda, porque la vida en Oujda es más fácil, es más barato. Allí en Oujda estábamos en una casa abandonada como en una finca. Vivíamos ahí casi 1.000 personas o más, era un gueto. Cogíamos agua del pozo. La finca estaba un poco lejos de la ciudad de Oujda. Allí había muchos *guideman*, que fumaban marihuana, hachís y bebían whisky porque tenían dinero.

Un día estaba hablando con un chico que se llamaba Mohamed y me preguntó si hablaba árabe y si era musulmana y rezaba. Le dije que sí, aunque realmente no rezaba. Entonces yo estaba cansada. El chico con el que yo andaba estaba en una banda con la que traía dinero para comer pero eso no era lo que yo quería. Yo no había salido de mi país para vivir en Marruecos. Llevaba además dos años. Era verdad que teníamos para comer todos los días pero yo estaba pensando en volver a mi país.

Un día hablando con Mohamed, el chico árabe, me propuso si yo quería vender 80€ de hachís, que son 800 dirhams y lo que sobrara pues era para mí. Me dio una placa y me enseñó a cortarlo. Y empecé a trabajar de comerciante de hachís. Como había estudiado negocios pues no era difícil para mí. Yo además me quería comprarme un bolso de deporte que aún lo tengo en casa. Dormía con él puesto para que no me lo robaran. A los dos días le dije al chico que trajera otra placa y a la semana empecé a vender tres o cuatro placas y comencé a tener dinero. Después comencé a vender whisky y vodka. Se compraba enfrente de la comisaría. Mohamed el chico me dijo que no me iba a acompañar y me dijo que me vistiera como una musulmana. Me busco un burka y una ropa larga y fui a la tienda que estaba en el mismo edificio que la comisaría. Si me cogían iba a prisión directamente. Tenía que comprar 20 botellas de vodka y no sabía cómo iba a llevarlas escondidas porque estaba lejos del lugar donde estábamos viviendo.

Normalmente mi dinero me lo guardaba un hombre en una tienda. Se encargaba de guardar el dinero de la gente que no tenía mucho. No le pagábamos pero a él le comprábamos todo lo que necesitábamos para comer. Ese era el trato.

De esa manera, en tres meses llegué a ahorrar 2.500 euros. Allí la gente fuma mucho por lo que el negocio iba muy bien. Muchas mujeres vienen a España a trabajar en prostitución y todo el dinero lo envían después a sus novios o hermanos que están en Marruecos y, muchos de ellos, se lo gastan en drogas. Conocí una chica que, por ejemplo, trabajaba en prostitución en España y le mandaba dinero a su novio en Marruecos que luego se lo gastaba todo en fumar y en alcohol que me compraba a mí. Además él tenía otra novia que estaba embarazada y le daba a esa novia el dinero que le enviaba la chica desde España.

El machismo ahí es horrible. A mí por ejemplo me pegaron tres hombres porque no me querían pagar y me decían "soy el rey y aquí mando yo". Yo les decía que me tenían que pagar y como el chico con el que yo estaba se había ido otra vez a Nigeria a por chicas, estaba sola. Antes de que yo empezara el negocio de venta de hachís y alcohol él se había ido.

Estos tres hombres me pegaron una paliza tremenda que durante dos días no me pude levantar. Al ser hombres nadie dijo "dejarla". A mí me dolió muchísimo. Ellos no respetan a las mujeres y era mi derecho coger el dinero que me debían. Además, comían de la comida que yo preparaba y, estaba sola, así que les hice una maldición. Me desnudé delante de todos en una sala muy grande. Ellos me habían pegado delante de todos, y por eso yo también hice delante de todo el mundo la maldición. Les dije: "si yo les he hecho algo a ustedes yo al salir de este país no paso el mar, pero si yo no les he hecho nada, y era justo pedirles el dinero que me debían, nadie de vosotros se salvará al cruzar el mar".

Yo no tenía otro recurso, no podía pegarles. Si una mujer hace una maldición después esa maldición ocurre. Al de dos días me llamó el líder del gueto. Me dijo que una maldición en su país era algo malo y que las personas podían morir. Me dijo: "Como tú nos has hecho la maldición, tienes que quitárnosla. Lo que tienes que hacer para eso, es comprar una oveja y comer el corazón crudo para quitárnosla". Yo hablé con Mohamed, el chico árabe, y me llevó a una finca y compré una oveja por cien euros y se la llevé. Ellos la mataron, la prepararon con un cuchillo y me dieron el corazón crudo para que me lo comiera.

Una semana después me llamó el chico con el que yo estaba, que estaba fuera, preguntándome por qué les había pegado y por qué no le había dicho que había montado un negocio. Yo le respondí que él no me había dejado dinero cuando se había ido. Él además tiene tres hermanas, una en Italia, otra en España y otra en Noruega. Una de ellas le mandó dinero y él se fue y me dejó sola. ¿Cómo iba a vivir? Si no fuese porque hablo un poco árabe no hubiera sobrevivido. Al hablar árabe sus paisanos me daban comida, eso me salvaba porque yo hablaba un idioma diferente. Las mujeres además no valemos nada, solo para la cama. Le dije que ellos me llamaban "la Bruja del Norte" por defenderme.

Después de eso me siguieron comprando y continué con el negocio. No solo me compraban personas de Nigeria, también de Senegal, de Ghana, del Congo. Vendía muchísimo. Compraba cuarenta botellas y a las dos horas ya se habían acabado. Si además era día de fiesta vendía más. A veces cuando llegaba gente nueva o gente conocida que, volvía a pasar por el campamento, se montaban fiestas. La gente bebe y baila y se le olvida que tiene que ir a España. Yo conseguí ahorrar bastante dinero. Me compré un móvil de doscientos euros para venir ya a España, estaba muy contenta.

Entonces el chico con el que yo estaba volvió. Yo ya había ahorrado para poder marcharme, así que le pagué el dinero que le debía y me fui a España. Me fui hasta un pueblo cerca de Oujda que tiene mar y ahí pagué para ir en una lancha hasta Cádiz.

### ► La llegada

Cuando llegue a Cádiz yo no sabía dónde ir. No conocía a nadie, ni sabía a dónde ir. Tenía en el bolsillo 800 euros. Allí había gente de la Cruz Roja. Le pregunté a un chico y me dijo que conocía a una mujer que quizás podría ayudarme. No hablaba mi idioma pero era una persona musulmana. Y fui a la casa de esta chica. Ella tenía un club de putas y me ofreció trabajar de puta. Yo estaba llorando porque un día ella me echó picante en los ojos y un chico de Ghana

me vio y me preguntó a ver que me pasaba. Me ofreció ir a su casa y me dijo que conocía a un chico que vendía droga en Valencia. Como yo había trabajado en eso en Marruecos le dije que sí y me compró un billete para Valencia. Cuando llegué le llamé al chico, le esperé en la estación de autobuses y me llevó hasta su casa. Hicimos un trato, yo ganaría 500 euros cada semana. Pero el problema era que solía ser el domingo a la noche cuando llamaba el cliente. El chico vendía 5000€ a la semana. Muchos de los clientes que tenía eran españoles, abogados, gente importante. Había gente que compraba 500 euros, 200 euros... lo mínimo que vendíamos era 50 euros. No podías pasarles la droga directamente. Por ejemplo, tenías que abrazarle y si tenía bolsillos meterle en el bolsillo y coger el dinero. O también podía ser que te daba un beso y metías la droga dentro de la boca. A veces ibas a un café y te encontrabas con la persona. Le saludabas como si le conocieras y metías la droga en un papel que luego lo cambiabas por dinero. Son diferentes tácticas, dependiendo de lo que pida el cliente. Hay gente que lo paga con oro, otros con ropa, con un reloj o con un móvil. Se notaba cuando un cliente es importante porque por ejemplo dejabas la droga en el coche.

Algunos clientes trabajan de empresarios, y para no dormir, para estar despiertos tomaban drogas. A la semana mi jefe podía hacer 5.000 euros y si estaba contento pues me daba 600 euros y yo me compraba ropa. Pero él me pegaba, porque la mayoría de veces había que ir a entregar la droga de noche. El venía a despertarme y me pegaba muy fuerte. Yo entonces no podía dormir ni por el día ni por la noche. Durante el día por ejemplo estabas comiendo y te decían, "deja la comida y ven". Era muy duro. Lo único por lo que estaba contenta era por el dinero. Estuve tres meses, y después al chico de Marruecos le mandé 1.500 euros para que viniera a España. Yo sentía que tenía que cuidarle porque si estuviéramos en Nigeria él es una persona muy pobre comparado conmigo. Y desde el principio me daba pena su vida. Salimos juntos pero yo sabía que no me podía casar con él. No teníamos futuro como pareja porque pensábamos muy diferente. Su madre estaba ciega y tenía una vida muy complicada. Me daba pena, era de una familia muy pobre muy distinta a la mía. Aunque yo esté aquí ahora, yo disfruté mucho de mi país, muchísimo. Me lo pasé muy bien, no me faltaba de nada.

Cuando envié dinero al chico nigeriano para que viniera a España me dijo que me iba a traer a una chica para que trabajase para mí. Yo le dije que no quería; que si era para eso que se la mandara a su hermana. Yo le enviaba dinero para que se viniese él aquí. Pero luego me siguió llamando y tiré el móvil y me compró otro. Yo solo lo hice para que mi conciencia se quedara tranquila. Él me salvó de violaciones. El me trató bien. Y yo no quería que el dijera "mira le cuidé y mira lo que me ha pagado". Luego al cambiar de móvil no volví a saber nada de él.

Cuando estaba en Valencia le llamé al chico de Ghana que había conocido en Cádiz y le dije que no podía dormir por la noche porque su hermano me pegaba. Y él me decía que el negocio era así, que era muy peligroso. Me amenazó diciendo que me podía de nuevo mandar a Nigeria. Yo entonces le decía que me iba a casar con él, le mentía para que él me ayudase.

El conocía a un chico en Burgos. Lo llamó y me mandó a Burgos, porque quizás allí me ayudarían a ir a Cáritas. Cuando llegué a Burgos el chico que me estaba esperando me dejó en las puertas de Cáritas. Recuerdo que llegué a las seis de la mañana y no estaba abierto. Recién abrió a las ocho o nueve. Y a esa hora entró la abogada de Cáritas, no me voy a olvidar de ella. Le expliqué mi historia y me dijo que no me preocupara, que me iba a mandar a una casa de acogida. Yo no entendía el idioma, pero iba todos los días a la escuela. Al de poco tiempo encontré trabajo cuidando a un niño. Me pagaban 500 euros al mes, y luego de interna me pagaban 1.050 euros. Como interna trabajé para una familia adinerada. Lo bueno era que los dos hijos de la señora hablaban inglés. El hijo estudiaba en EEUU, era piloto y venía de vacaciones y la hija estudiaba en Inglaterra. Ahí aprendí castellano.

Eran gente muy rica. Ellos me enseñaron de todo. Allí en la casa aprendí a cocinar, mirando la tele. Aunque hice un curso, aprendí más viendo a Karlos Argiñano. Cualquier cosa que cocinase Karlos yo decía "¡Vamos al supermercado!" Y luego les encantaba. Yo cuidaba del marido de la señora y de la hermana del marido. Íbamos al supermercado y yo le decía qué comprar. Y me decía ella: "muy caro, ¿no?". Y yo le decía que era comida de lujo. Así aprendí a cocinar, a los hijos les encantaba. Me trataban bien pero es verdad que trabajaba como una mula. No tenía contrato porque no tenía papeles. Yo estaba empadronada en Cáritas, pero me dijeron que cuando llevase tres años me harían contrato. Pero antes de los tres años tuve papeles, me eché novio y me casé con un español. Entonces dejé de trabajar. La familia lloraba y yo también lloraba. Creo que me gané su corazón cocinando porque planchar lo hacía fatal. Parece ser que la chica que había estado antes no sabía cocinar. Yo limpiaba y cuidaba a la hermana del marido muy bien, porque estaba en silla de ruedas. Le cuidaba como a mi madre, le maquillaba le daba crema de día, de noche, para las arrugas, le pintaba las uñas. Luego al salir de aquella casa me enteré que la crema de arrugas que le ponía costaba 300 euros. Nunca pensé que fuese tan cara.

Clara se casó y al de poco tiempo tuvo una hija. Su pareja le maltrataba y ella lo denunció y pidió orden de alejamiento. Decidió irse de Burgos a Bilbao para alejarse de su marido. Ha estado dos años en Bizkaia y ahora mismo trabaja y vive con su hija en Madrid como comercial de Iberdrola. Mientras estuvo en Bizkaia su mayor deseo era encontrar trabajo, hizo un curso de cocina alta en San Sebastián y no paraba de buscar trabajo. Decía que se sentía incómoda cobrando la RGI.

## 6.2.- Sara: En busca de un sueño

### ► En origen

Me llamo Sara, tengo 34 años y soy del sur de Nigeria. Nací en la ciudad de Benín City, capital del estado de Edo, pero me crié con mi abuela en un pueblo a cuatro horas. Somos una familia cristiana. La mayoría de la gente en el Sur es cristiana. Somos seis hermanos, cuatro chicos y dos chicas. Yo soy la tercera y la mayor de las chicas. Vivíamos en la ciudad, en un piso pequeño de dos habitaciones, una sala pequeña y una habitación con una puerta en medio. Teníamos solo un colchón. Poníamos en el suelo las telas que solemos llevar en África, y ahí dormíamos todos.

Con cuatro años fui a visitar a mi abuela de vacaciones y me di cuenta de que mi abuela estaba mucho mejor económicamente que mis padres. Ella me alimentaba mejor. Mi padre no lo aceptaba. ¡Cómo iba a nacer su hija en la ciudad y crecer en el pueblo, cuando todo el mundo quería ir a la ciudad! Mi madre, sin embargo, estaba feliz, porque así la abuela no estaba sola. Además, sabía que yo iba a estar bien.

Mi abuela vivía en un caserío que estaba enfrente de la parada de autobús. Mi padre venía a buscarme para llevarme de nuevo a la ciudad, pero cada vez que viene yo me escondo en el campo. Yo lo veía bajar del autobús desde la casa de mi abuela y me escapaba a casa de una tía, hasta que mi padre se cansó y me dejó. Estuve en el pueblo hasta los dieciséis años.



Mi padre era costurero, y muchas veces no tenía ni para pagar el alquiler. Mi madre era peluquera y tenía un quiosco donde vendía cinco cosas que apenas le daba beneficios. Con eso vivíamos. Cada fin de semana mis hermanos venían al pueblo, a casa de mi abuela, porque tenía una huerta y así teníamos alimentos, porque apenas nos alcanzaba. Y yo soy de comer, mi madre y mis hermanos se acostumbraban, pero a mí desde pequeña el cuerpo me pedía comer más. Entonces, cuando voy a casa de mi abuela y veo la oportunidad de quedarme, me quedo. Sí que iba al colegio, pero no era muy buena estudiante y con catorce años dejé de ir a la escuela. Mi abuela era hija del rey del pueblo. Tenía de todo, pero ella me obligaba a trabajar. Y cuando dejé la escuela, me obligaba a ir al campo como hace el pobre. Allí, el que tiene dinero es el que tiene poder. Dinero sí hay, pero hay mucha desigualdad. Porque los que tienen poder les dan los puestos importantes a sus familiares; todo se reparte entre muy pocas personas. En mi país, si naces en una familia pobre no tienes futuro.

Con dieciséis años volví a la ciudad, pero no me adaptaba. En realidad, volví porque todos mis amigos estaban en la ciudad, sino me quedaba sola en el pueblo. Yo me daba cuenta de que mis padres eran muy pobres y que mi abuela ya tenía su vida hecha. Además, mi abuela no se llevaba bien con mi padre. Mi padre era muy pobre. Mi abuela decía que mi padre era un vago porque no quería trabajar en el campo. Pero él no podía ir al campo, porque si deja un día el negocio de costura, la gente que trabaja para él cose mal la ropa y luego tiene que pagarlo él. Él no quería dejar el negocio para irse al campo. Yo había dejado la escuela porque mi cabeza no es muy buena con los libros. Además, me faltaba material. Mi abuela se encargaba de alimentarme y de la ropa, pero mi padre era el que pagaba la escuela. Entonces no me dejaban entrar en clase porque mi padre no había pagado la matrícula. Yo iba vestida súper guapa y nada más entrar, me decían que me fuese al campo de la escuela a trabajar. Trabajaba allí 8 horas. Mandaban al campo a los niños que no podían pagar la escuela. Con el sol tan fuerte que había y sin gafas de sol, tenía problemas de vista. Nada más entrar en el campo, le dije a mi abuela que no iba a ir más, que me quedaba en casa a trabajar en sus tierras. Y eso hacía. Luego, los domingos, iba al mercadillo donde vendía verduras, y el dinero que ganaba se lo mandaba a mi madre. Pero ella me lo rechazaba, porque decía que podía ser dinero de mi abuela robado y que luego yo se lo enviaba. Ella no quiere que yo le de dinero porque tiene miedo de que cualquier día yo puedo robar dinero de la abuela para dárselo a ella. Mi madre no quiere que yo aprenda a robar. Porque si empiezo a dar dinero a mi madre y en cualquier momento no tengo para darle de lo que vendía en el mercado, pues hubiera cogido de mi abuela ya que tenía un montón. Mi madre me dice que ese dinero me lo quede para ir ahorrando. Y llegué a ahorrar como 500 euros ya que con mi abuela no tenía gastos. A mí mi madre me daba mucha pena porque mi padre la pegaba cuando venía de la tienda y no había comida en casa. En África los hombres pegan. Yo eso lo llevo fatal. No me gusta que mi padre pegue a mi madre. Yo por eso tenía ganas de ayudarle a mi madre de alguna manera. Y veo que una compañera que dejó el cole antes que yo, con doce años, se había ido a Italia. Y las noticias que nos llegaban era que la familia estaba mejor. Yo hablaba con ella por teléfono y me lo pintaba todo muy bien. Me decía que en Europa nada más llegar en el aeropuerto, el primer blanco que te ve te regala dinero. Me decía que hay mucho trabajo, que hay muchas cosas en la basura. Me decía que, si trabajas en el campo, ganas 3.000 euros al mes. Si cuidas a una abuela 4.000, y si cuidas niños 3.500. Pero todo era mentira. No me contaba la verdad, que se venía a trabajar en la prostitución.

Entonces eso me animó a pensar en marcharme. Yo tenía un sueño que era ser médico. Me habían dicho que en Europa el gobierno te pagaba por estudiar. Y entonces, con diecisiete años, le digo a mis padres que busquen alguien para que me lleve a Europa. Pero mi madre me dice que es difícil, porque para que alguien me llevase a Europa, hay que tener un aval o alguien que te avale. “¿Y quién nos va a avalar?”, me dijo. No tenemos un piso, no tenemos nada para dar como aval. Yo le dije que no importaba. Que buscase a una persona que pudiera llevarme a Europa y que luego arreglábamos. Porque en mi país hay gente que se sabe el camino, es como si yo quiero ir a Bilbao y tú me orientas; yo te pago, yo no conozco Bilbao, pero tú sí y me orientas, me llevas hasta un sitio, y me dejas con un grupo de personas y me busco la vida. Mi padre ha encontrado un compañero de trabajo, vecino de la tienda, y quedamos un día, pero yo no sé porqué no me fíe en aquel momento de él y decidí esperar. En ese momento, le dije que no a esa persona y, al de unos meses, le dije a mi madre que me seguía interesando y que buscara de nuevo. Yo cada día veo que somos más pobres y que mi madre sufre mucho y quiero ayudarla.

Entonces, un día mi madre me dice que ha encontrado a un señor, el tío, le solemos decir. Pero nos pedía cosas: dinero y un piso en buenas condiciones como aval. Pero nosotros no teníamos nada de esto. Mi madre se encontró con este hombre en casa del padrino de mi madre, que su vez también era padrino de este señor. El padrino es como un pastor tradicional, él suele dar medicamentos naturales, etc. Es como un médico tradicional.

Como no teníamos lo que pedía se ha ido, pero al de cuatro meses, ha aparecido de nuevo y ha dicho que sí, que le iba a hacer el favor a mi madre. Él nos dice: “tengo pena de esta familia, te voy a ayudar”. El tío nos pedía como 10.000 euros de aquí. Mi padre tenía como herencia algún terreno en el pueblo de su padre; no eran tierras muy buenas, estaban lejos y abandonadas, pero las vendimos, porque además de aval necesitas enseñar un dinero.

Yo lo tenía muy claro. Tenía solo diecisiete años, pero tenía muy bien amueblada la cabeza, como una de veinte y pico. Al crecer en un pueblo con mi abuela, tenía más libertad para moverme. Siempre andaba con chicas mayores que yo. Era más madura que las chicas de mi edad. Yo tenía claro que no me iba a arriesgar a ir por Marruecos, porque allí es fijo que la gente muere en el mar, eso es una lotería. Si puedo cruzar igual muero. Tenía claro que quería viajar en avión.

### ► El tránsito

El tío me trajo como si fuera su hija. Él tenía una hija de diecinueve años que nació en España y me trae con su documentación. Con los datos y huella digital de su hija, pero con mi foto. El avión sale de Nigeria a Grecia. Viajamos los dos. Pero al llegar a Grecia la policía me pilló. Como yo no he salido del pueblo, no conocía las escaleras mecánicas y, al intentar subirlas, me caigo. Entonces viene la policía a ayudarme y empiezan a hablar en griego. Yo no entiendo nada. Me piden la documentación y ven que no es mía, y me llevan a la cárcel. Yo digo que ese señor no es mi padre, porque si digo que es mi padre le meto en un lío. Niego que venía con él. Ese era el trato. Si me pillaban, yo no podía decir que le conocía. Yo recuerdo que no tenía miedo. ¡Eran tantas las ganas que tenía de venir a Europa, que no tenía nada de miedo! Yo estaba feliz. Estuve veintiún días en la cárcel y estaba contenta, porque pasaba de vivir en una choza en Nigeria a una cárcel que, para mí, si lo comparaba con aquello, era como un palacio. Por lo menos estaba en Europa. No tenía miedo de que me mandarían de vuelta, no era mi preocupación. Mi padre tampoco se había endeudado mucho, por lo que no perdía mucho. Y sabía que, si me devolvían a Nigeria, el tío iba a tratar de volver a traerme.

Una vez que me pillan, digo que esos documentos son falsos y que me los he encontrado. Si digo que me los ha dado el señor, le meten en la cárcel para toda la vida por tráfico. Yo había jurado que no iba a decir la verdad. Yo iba delante de él en el control. Entonces cuando ve que la policía me ha pillado, se va a poner una denuncia a comisaría de que ha perdido el pasaporte de su hija. Dice que ha perdido la documentación de su hija hace meses, que ha estado buscándola, pero que no sabe dónde está.

Yo digo que he encontrado ese pasaporte en Nigeria en el suelo, hace meses. Y él dice que se fue de vacaciones a Nigeria y que perdió ahí la documentación de su hija, que no sabe dónde la ha dejado pero que la está buscando desde hace dos meses y ha tenido que regresar él solo.

Desde Extranjería me acusaban de no tener documentación y me querían expulsar a mi país. El tío entonces me busca un abogado y me trae dinero y todo lo que necesito. Eso también era parte del pacto. Si sale mal, e incluso te devuelven, él intentará por otros medios traerte, pero tú nunca puedes decir quién te está trayendo. Al no tener ningún expediente, no me devuelven a mi país y me dejan libre. Nos quedamos en Grecia un mes, mientras el señor, que tenía contacto con abogados porque tiene mucho poder, buscaba otro documento para cruzar a España. Cuando lo consigue, llegamos en avión a Madrid y de ahí me llevan a Valencia.

### ► En destino: Un día bueno, 29 malos.

Cuando llego a Valencia comienza la realidad. El señor me cita para hablar. Todo lo que estabas escuchando en África es mentira. Aquí no vas a trabajar en ninguna fábrica ni en el campo. Tienes que trabajar en la calle como hacen las demás chicas. De los 10.000 euros, habíamos pagado 1.000, faltaban 9.000 por pagar. Me llevaron en coche por las calles de Valencia. Me enseñan a chicas y me dicen que ellas habían empezado como yo. Ellos te compran todo. Vestidos, la ropa, etc. Tú tienes que pagar el piso, eran 300 euros, pero dormíamos todas las chicas en una habitación, en una cama. En el piso estábamos cinco chicas, todas de Nigeria, de Benín City. Vivíamos hacinadas. Yo no estaba acostumbrada. Se me hacía muy duro. Vivíamos seis personas. Dormíamos en una cama cinco personas. Para poder descansar, dormíamos cruzadas y con las piernas fuera. Yo no aguantaba, así que el tío me mandó a un trastero que tenían donde cabía un colchón.

Y la comida también la pagabas, cincuenta euros, y tenías que comer lo que ellos quisieran. Para ellos es un gran negocio. Recuerdo que la mujer tenía oro y todo. Viven de traficar con personas. Pero tú no puedes decir nada porque has jurado y la vudú va contra ti.

La vudú tiene mucho poder. Si tú no cumples lo que has jurado, te puede hacer daño no tanto a ti, sino a tu familia. Es como un trato, tú das tu palabra, juras que lo vas a cumplir. El señor, delante de la vudú me mandó jurar: "Jura, que cuando llegues a Europa, me vas a pagar mi dinero". "Juro que voy a pagar tu dinero". "Jura que no vas a hablar con la policía para decirles que soy tu chulo". "Juro que no voy a hablar con la policía para decirles que eres mi chulo. Que cualquier problema que tenemos lo arreglamos en casa. Juro, lo arreglamos en casa". También te hacen jurar que no te vas a acercar a ninguna asociación. Eso está prohibidísimo. Por una parte, para ellos es un negocio, pero por otra, a mí me había ayudado mucho y desde mi familia sentíamos que nos estaba haciendo un favor. Yo tenía familia en España, algunos tíos que además han conseguido dinero en Europa, pero ninguno nos quería ayudar.

Cuando llegas a España, te obligan a volver a jurar que no les vas a contar a tu familia que trabajas en prostitución hasta que pagues toda la deuda. Yo estuve un año y ocho meses para pagar los 10.000 euros. En realidad, pagué 40.000 euros, porque te piden dinero por todo. Tú no puedes pagar nada directamente. Ellos te compran ropa y luego te piden 300 euros, o por la peluquería. Venía a casa la peluquera y luego te piden 100 euros. Lo mismo con la comida, no te dejan ir al supermercado porque te dicen que te puede pillar la policía. No puedes hacer nada. Te tienen controlada. Ellos compran todo. Y también cocinaban. A nosotras nos daban lo que sobraba de sus hijos. Por ejemplo, si ellos cocinaban dos ollas, la buena era para ellos. Y para nosotras la mala, un muslo de pollo para cinco chicas, por ejemplo. Además, nos dicen que no podemos engordar. Para mí una de las cosas más duras fue la comida. Nos daban muy poco, dos mandarinas para desayunar y una cuchara ancha de arroz al mediodía, que no sirve ni para una niña.

Y luego estaban las amenazas. Por ejemplo, no podíamos tocar el teléfono. Cuando hablábamos con nuestras familias, tienes que hablar delante de ellos. Te dan cinco minutos, y solo puedes decir: "mamá estoy muy bien". Cuando pasan tres minutos, tienes que decir, "adiós mami, me voy a trabajar". Si te pasas de los cinco minutos, eres tú quien tiene que pagar la cuenta que, además, sale una barbaridad. Mi madre es muy pobre y no tiene teléfono en casa. Tiene que ir a casa de la familia de este señor para que pudiéramos hablar por teléfono. Hay un control absoluto. Ellos no te permiten que tú, por ejemplo, vivas en un piso de alquiler y les vayas devolviendo el dinero. Su negocio es también todo el dinero que consiguen contigo por la comida, el alquiler de la habitación, la peluquería, los gastos de la casa, etc. Los días 28 calculábamos el dinero. El problema era que restaban todos los gastos del dinero que ganábamos al mes y solo muy poquito era para pagar la deuda. Al final, devolvemos mucho más que la deuda.

Al de poco tiempo de llegar, el tío me llevó donde un abogado que él tenía para pedir la solicitud de asilo, pero finalmente me la negaron. Me dieron la tarjeta roja, pero cada tres meses hay que renovarla. No recuerdo bien. Llega un momento en que no me la renuevan y en veinticuatro horas tengo que salir del país. Ellos te llevan a pedir asilo para que la policía, cuando estás por la calle, no te pille. Sé que mi abogado siguió poniendo recursos, pero no tengo más información. En ese tiempo yo actué como un cordero al lado de su pastor. Él me decía, "vete al abogado", y yo iba. Luego la información no me la daban. Yo no podía hablar con el abogado. La solicitud de asilo, además, no era con el país de Nigeria, sino con Sierra Leona, que estaba en guerra.

Estar allí era peor que estar en la cárcel. Si pudiera elegir, hubiera elegido la cárcel. Fue horrible porque estás en un país que no conoces, con falta de información, sin hablar el idioma. Y alguien que se supone que te está orientando, te está metiendo en todo lo contrario. Te está diciendo que no puedes salir a la calle, que si te pilla la policía te lleva a tu país, no te permiten acercarte a ninguna asociación. Tampoco puedes ir al médico o al ginecólogo. Cuando estás enferma no te dejan ir al médico. Tiene que ser algo grave para que te lleven al médico; si tienes un accidente de trabajo, si te han pegado, entonces sí te llevan al médico. Te sentías además muy sola. Recuerdo que una vez tuve una infección de orina. Al principio no me hicieron caso y luego me pusieron un medicamento casero, pero yo sigo muy mal. Recuerdo que hablé con una compañera, se lo conté y me ha llevado a escondidas al médico. Cada una hemos cogido taxis separados y yo pagaba. Si se enteraban nos caería una buena.

Durante un año mi vida era del trabajo a casa y de casa al trabajo. Te controlaban también los horarios. Podías venir más tarde a casa, pero no podías llegar antes. Yo recuerdo que a veces me cansaba y quería ir a casa a dormir, pero no me dejaban.

Las condiciones de trabajo son muy duras. Trabajas en la calle, parábamos a coches y nos metíamos. Vivíamos inseguridad, porque te podía venir un cliente malo y romperte la cara, y nadie se entera. A mí uno me abrió la cabeza y otro me puso una pistola en el cuello.

Llegó un momento que me quería ir a mi país. Al de un año, calculamos y vimos que me faltaban aun 4.000 euros, que estaba en la mitad. Ese mismo día le dije: "Mira tío, quiero volver a mi país". Él me dijo: "¿qué?, no puedes hacer eso. Eres una pobre de mierda que no sabe el valor del dinero. Yo he gastado mi dinero, mi riesgo, y tú quieres volver a tu país sin pagarme". Ahí me dio un bajón tremendo. He ido a la calle llorando. En la calle te animaban; diciendo que otras estaban peor; que solo iba a ser una temporada, que pronto tendría libertad. Ellas te animaban, pero no te podían ayudar. Y es verdad que una se acaba adaptando, lo empiezas a ver como algo normal. Empiezas a ver chicas más débiles que recién entraban y ves que están mucho peor que tu; y entonces empiezas a normalizarlo porque no eres la única ni la que está peor.

El problema era que la tía y el tío tenían contactos por todas partes. Tienen sus propias amigas que trabajan en la calle y que nos controlan. Su control era en todo momento. Siempre estaban vigilando, no nos dejaban que hiciéramos amistades, por ejemplo. Te controlan totalmente. Por ejemplo, si te ven que has ido a un locutorio sin ellos, te castigan, te quitan un dinero.

Un día, yo veo que hay un locutorio un poco apartado y me escapo. Recuerdo que estaba lloviendo mucho. Veo que no hay nadie que me vea y me escapó al locutorio y ahí les digo: “por favor, dame una habitación, quiero salir de este país, estoy muriendo, no me alimento bien, no puedo seguir así”. Y el chico del locutorio me dio dos cachos de pan. Yo seguía yendo al locutorio cada vez que podía. Me orientaban. Por ejemplo, si tenía hambre, me decía de un kebab que conocía para comer, etc. A partir de que le conozco empiezo a tener más libertad. Él me enseñaba cosas. Por ejemplo, si quiero mandar dinero a mi familia, él me ayudaba a enviarlo con su documento. O si yo quería hablar con mi familia, él mandaba a su tía o hermanos a casa de mis padres a buscarles para que fueran a su casa para hablar conmigo. Y así puedo hablar con mi familia sin que mi tío se dé cuenta. Todo esto lo hacíamos a escondidas, porque si alguien me ve con él, vamos a tener problemas los dos. Él sabía de mi situación y trataba de animarme diciéndome que se iba a pasar. “Van a ser dos a tres años, pero no vas a estar aquí toda la vida”. Esto me subía el ánimo, porque era muy duro enfrentar el día a día. “Un día bueno y 29 malos”, así se podría definir nuestra situación. Estábamos tan mal en casa que preferíamos estar en la calle. Y en la calle, te cansas y quieres descansar, porque a veces estábamos desde las seis de la tarde hasta las nueve de la mañana. Nos traían y nos llevaban a casa, y también nos controlaban mientras estábamos en la calle. Tenían a personas que, por ejemplo, nos traían en coche y luego daban vueltas en el mismo para vigilarnos.

Estar en la calle era duro. Muchas veces, cuando la policía venía, te tenías que esconder y volver a salir cuando se había ido. Otro problema era con la lluvia, tenías que buscar paraguas, te mojabas después de tantas horas en la calle. Al principio te sientes muy sola, sin ninguna información y nadie se quiere acercar. Luego, va pasando el tiempo y vas teniendo amigas; incluso yo tuve un novio después de un año y cuatro meses. Es un amigo del señor que me trae. Era su mejor amigo, solía venir a casa, pero el tío nunca se enteró. Era la persona que, cuando el que solía traernos no podía venir a controlarnos en la calle, venía a vigilarnos en coche. Nos controlaban todo el tiempo. Aparecían a horas distintas: a las doce, a las tres, a las nueve. Por ejemplo, si pasaban y justo te veían hablando con otra compañera, cuando llegabas a casa te decían: “menos 200 euros”.

El tío a veces no podía venir porque tenía una tienda donde vendía comida africana. Si alguna noche se tenía que quedar con sus tres hijos porque la mujer se había ido a Francia a comprar productos, entonces mandaba al amigo, que luego sería mi novio.

Lo que me ayudaba a seguir era pensar que se trataba de algo momentáneo, temporal. “Yo no me voy a quedar aquí para siempre”. Recuerdo que en ese momento yo tenía muy buena memoria. Tú me dabas un número y nada más mirarlo lo recordaba. Ahora no recuerdo ni mi número de móvil. Me acordaba del número de mi amiga de Italia a la que llamaba para que me orientara. Incluso recordaba los veinte números de la tarjeta para llamar por teléfono. Porque si ellos ven que has cogido la tarjeta de teléfono, te descuentan 300 euros de tu dinero. Es una multa. Para llamarles, tienes que pedirles a ellos y te ponen al teléfono siempre con el altavoz.

Empecé a pedir ayuda al de un año. Antes no sabía pedir. Tenía demasiado miedo. Te meten en el coco que no te puedes fiar de nadie, te meten mucho miedo. Te dicen que no te fíes ni de tu compañera de trabajo. “Si tú andas con esa, le va a decir a la policía que tú no tienes documento, y te van a mandar a tu país. Tú a lo tuyo, mejor sola”. Te sientes bloqueada. No puedes tirar la basura porque la policía te pilla. No puedo ir a la frutería porque esa gente va a cotillear a la policía. No puedo ir al supermercado porque ellos le van a decir a la policía que esa es nueva, y te pueden denunciar. Con las chicas con las que vivía no nos dejaban intimar, porque si teníamos buen contacto podíamos planear o avisarnos de cosas. Ellos querían que nosotras fuéramos enemigas. En la casa teníamos que actuar como si fuéramos enemigas, cada una en un rincón, pero luego en la calle éramos amigas. No nos permitían ningún contacto, porque por ejemplo si yo acabo de llegar, la chica que lleva dos años me puede orientar. Por ejemplo, ese locutorio que yo estoy buscando, ella ya lo conoce y si nos llevamos bien me puede llevar.

Empecé a estar mejor cuando tenía novio. Era el mejor amigo del tío, pero ellos no se enteraron. Cuando venía a casa, me trataba como a las demás, pero luego conmigo era muy cariñoso. Me ayudaba a enviar dinero de su propio bolsillo a mi familia; me cuidaba para que comiera. Llamaba a mi madre porque mi madre estaba nerviosa. Mi padre lo llevaba mejor. Él decía que yo soy una chica lista, que nadie me puede engañar aunque no tenga estudios.

Estar con este chico me ayudó a llevarlo mejor. Cuando terminé de pagar, tres días después decidí alquilar una habitación. Cuando les digo al tío y a la tía que me voy, me dicen que me puedo quedar, que me quieren mucho, que soy como una hija. Yo también les digo que les quiero mucho, que él es como un padre, pero me voy. Él es una persona que tiene mucho poder en África. Tiene mucho dinero y tiene muchos pisos. Con esa gente es mejor estar a buenas.

Me regalaron 300 euros cuando me fui. Me dijo que yo había sido muy buena, que no había tenido problemas conmigo, que había cumplido. Me da 300 euros para que yo empiece mi vida y me dice: “cuando quieras, para cualquier problema, estoy aquí”. Yo también le digo que le quiero mucho, pero salgo corriendo. Al de tres meses voy a visitarlos, para ver a la niña a quien le había cogido cariño.

### ► En libertad

Cuando salí seguí trabajando seis meses en la calle, pero me cansaba. No me gusta ese trabajo. Ahí ya trabajaba con mis condiciones. Yo decidía cuando trabajar, cuantas horas. Está lloviendo, pues me voy.

El mismo mes que salí de la casa del tío, había una campaña de Zapatero con la que las personas inmigrantes con tres meses de padrón podían solicitar su DNI con contrato. Uno de mis clientes me ha hecho un favor y me han dado contrato como limpiadora. Entonces solicité los papeles y me salieron.

Después, conseguí trabajo en una residencia de personas mayores en Valencia. Durante un año y siete meses trabajé en la residencia como ayudante de cocina. Tenía un cliente médico famoso. La verdad es que consigues bastantes contactos: médicos, abogados, gente que trabaja en el ayuntamiento.

Me contratan como ayudante de cocina pero luego me ponen en el turno de noche sin hablar bien el castellano y sin el título de enfermería. Eso no era legal, porque me dejaban sola en la residencia. Pero claro, si por el día cobramos 7.00 euros y estábamos un equipo de cuatro, por la noche te pagaban 1.000 euros, pero estabas tú sola. Era cuidar, desde las diez de la noche hasta las seis de la mañana. Mi trabajo era planchar y cambiar pañales. Al de dos meses de estar ahí trabajando se murió un abuelo. Yo en mi vida había visto un muerto. Yo lo había cambiado a las doce de la noche, pero luego, a las tres de la mañana, cuando volví, estaba muerto.

Cuando le vi me salí de la residencia gritando. ¡Imagínate, a las tres de la mañana una negra gritando por un pueblo! Una señora llamó a la policía.

Llamé a la responsable y le dije que había muerto un abuelo. Me dijo que lo tapara y cerrara la puerta. Pero, yo decía: “¿taparlo y cerrar la puerta?” Yo no podía. Entonces salí corriendo y gritando, y una vecina llamó a la policía. Cuando llegó la policía me preguntaron de dónde venía. Yo les dije que era una trabajadora en una residencia. Me llevaron allí y a la residencia le cayó una multa, porque yo no tenía títulos y estaba haciendo trabajo que no me correspondía. Entonces me echaron. Al día de una semana me llaman para decirme que firme unos papeles. Yo llevaba tiempo afiliada a CCOO. Una vez que había firmado el finiquito yo tenía derecho a que me pagaran, pero no me pagaron nada.

Luego me salió otro trabajo de barrendera. Trabajé dos años limpiando las calles. También en un almacén, en una fábrica de zapatos ordenando los zapatos en caja, en limpieza. Pero llega un momento en que por la crisis ya no hay trabajo, una amiga me dice que su marido va a viajar y que necesita que alguien le ayude a cuidar al bebé. Ella está trabajando en Bilbao, y así es como llego a Bilbo.

### ► En Bilbo

Vine a Bilbao para un tiempo corto a ayudar a mi amiga y, como me gustó, me quedé. Yo sentí en Bilbao menos racismo que en Valencia. No digo que no haya, pero hacia las personas negras sentí más racismo en Valencia.

Primero, trabajé en una empresa de limpieza que se llama Emaus y luego en Kooperera, llevo ya seis años.

Llegué a España en el 2004 y hasta el 2008 no volví a Nigeria. Durante esos cuatro años no les conté nada, pero luego cuando fui en el 2008, les conté por encima.

Mi padre, cuando lo conté, decía que le iba a matar al tío. Pero yo le decía: “¿Cómo le vas a matar? Él es el que te va a matar a ti. Tiene mucho poder”. Y él, furioso, me decía: “¿Por qué te ha engañado?, a eso no hay derecho, Dios lo va a castigar”. A mi madre le dio un bajón. Ella me dijo que ya sospechaba algo, porque yo llamaba poco y siempre había alguien escuchando.

Estuve trabajando con mi amiga un mes y luego ellos se fueron a Bélgica. Entonces alquilé una habitación en San Francisco. Yo me arreglaba la vida. Por la noche trabajaba en la calle Cortes y por el día buscaba trabajo. Pero es verdad que no tenía muchos contactos y tenía muy poca información. Desde el principio nos meten el miedo de que no podemos acercarnos a una asociación, entonces yo no preguntaba. De hecho, llevaba un año y seis meses en Bilbao y apenas conocía recursos ni tenía información. Si me ponía enferma me iba al médico a Valencia. Nos decían que la gente de asociaciones y organizaciones no son gente fiable, que están relacionados con la policía.

Un día que estaba buscando trabajo pasé por Zabalburu, por el edificio de la Ertzaintza, pero yo no sabía que era la policía. En Valencia había oficinas que tenían el aspecto del edificio de la Ertzaintza de Zabalburu. Yo veo además que entra y sale gente continuamente. Durante más de un año, la única zona que yo transito es San Francisco y Autonomía. No conozco más sitios. Entonces entré en el edificio de la Ertzaintza para dejar mi curriculum. Y me tocó un policía majo que dijo: “Llevas por aquí poco tiempo, ¿no? Esto es la Ertzaintza”. “¿Qué significa Ertzaintza?”, le pregunté. “Policía del País Vasco”, respondió. El policía hablaba inglés porque yo aún no hablaba bien castellano. Me dijo: “Te voy a orientar a una asociación en la que te puedan ayudar a buscar trabajo”. Y me derivó a Askabide. Yo ya escuchaba algo de Askabide en la calle, pero como tenía metido en la cabeza que no hay que acercarse a las asociaciones porque son policías secretas, pues no iba.

Y así es como llegué a Askabide y me informan de muchos recursos. Yo, por ejemplo, les dije que quería ir al ginecólogo, y me derivaron. Así fue como conocí a Zuriñe de la Comisión Antisida. Yo, mientras tanto, seguía buscando trabajo y todos los meses iba a Valencia porque allí tenía a mis amigas.

Cuando iba a Valencia siempre llevaba ropa para los niños, les solía llevar ropa de los chinos, de Carrefour. Pero como no tenía trabajo, me cuesta mucho dinero, porque cada prenda eran 10 euros. Y un día entré en una tienda de segunda mano de Emaús en San Francisco y entonces compraba ahí la ropa y luego la vendía en Valencia, porque había ropa de buenas marcas: Lacoste, Zara. Mis amigas de Valencia empezaron a enviarme dinero para que yo comprara en Emaus y en Kooperera. Siempre iba todos los meses y empiezan a conocerme. Me preguntan a ver si tengo hijos porque cada vez que iba, compraba para cuatro niños. Entonces les cuento que es para una amiga. A veces me pasaba allí toda la mañana mirando la ropa, buscando lo que me gustaba.

Así fue como un día les dije si podía dejar mi curriculum y, al día de dos semanas, me llamaron para empezar a trabajar en Kooperera. Y ya llevo seis años trabajando. Solo he estado un año fuera, el año de mi embarazo.

Tuve un novio nigeriano y al día de un año y pico de estar juntos me quedé embarazada. Hasta entonces la cosa iba muy bien, pero cuando me quedé embarazada, él al principio ha dicho que sí, pero luego no quería tenerla. Yo ya estaba de cuatro meses y no podía abortar, así que he tirado adelante sola. Él no se quiere hacer cargo de ella y además no la reconoce.

A veces es duro ser madre soltera. Tengo que dejar la niña seis horas a una amiga, desde las cuatro hasta las diez de la noche porque estoy trabajando. Mi amiga la recoge a las 16:30 después de cole y luego yo la paso a recoger a las diez. Eso a veces se me hace muy duro, más los días que no tiene clase; a veces se pasa nueve horas sin verme. Pero vamos tirando para adelante. Yo quiero que ella sea libre y que tenga más oportunidades de las que yo he tenido.

En ese sentido también me animé con Zuriñe, de la Comisión Antisida de Bizkaia, a dar talleres, porque yo cuando vine no tenía ninguna información y sufrí mucho. Para mí no tener información es como un infierno. Yo por eso sufrí mucho. Y sé que hay mujeres que lo están pasando muy mal en silencio. Por eso yo salía a la calle con la Comisión Antisida a dar información, a orientar para que las chicas tuvieran confianza. Porque tenemos muy metido que las entidades no son de fiar. Yo sé lo que es no saber nada, no tener información. Hasta que no vives una situación así no la puedes comprender. Incluso, cuando empecé a hacer ese trabajo con la comisión, muchas desconfiaban de mí, pensaban que estaba trabajando para la policía. Te dicen que las asociaciones son la policía secreta y que están para capturar a la gente y mandarla a su país.

De todas maneras, creo que hoy es cada vez más difícil porque hay mucha asociación, más control, más policía, más vecinos que si sospechan contactan con la policía. Tengo la sensación de que antes había menos control. Ahora, por ejemplo, los chicos no meten a las chicas en su propio piso. Le alquilan

una habitación pero no dónde están ellos. Aun así, aunque hay gente en la cárcel, sí que es verdad que sigue habiendo. Pero, por otro lado, con la crisis, la prostitución ha bajado. Creo que ahora la mayoría viene por su cuenta por Marruecos, un viaje que es peligrosísimo y en el que también hay mafias de trata por el camino.

Me gustaría que mi hija tenga buena información, que no le falte nada básico, tampoco quiero un BMW, lo básico. Me gustaría que mi hija de mayor sea médico, si a ella le gusta, que tenga unos buenos estudios, que yo pueda aportarle unos buenos estudios, hasta la Universidad, si ella quiere. Me gustaría, sobre todo, que fuera una mujer libre y que tenga la libertad de elegir ■

# Notas

---

**1** La sharia, también conocida como ley islámica, es el cuerpo de Derecho islámico. Constituye un código detallado de conducta, en el que se incluyen también las normas relativas a los modos del culto, los criterios de la moral y de la vida, las cosas permitidas o prohibidas, las reglas separadoras entre el bien y el mal. Sin embargo, su identificación con la religión es matizable: aunque *está en el Islam*, no es un dogma ni algo indiscutible, sino objeto de interpretación.

---

**2** Desde hace unos años la externalización de fronteras viene desarrollándose en Europa, y en el estado español, a través de un amplio dispositivo militar y policial que prioriza las políticas securitarias y la obsesión por el control de los flujos migratorios sobre el respeto a los derechos humanos de las personas refugiadas e inmigrantes. Este continuo y creciente endurecimiento de las políticas migratorias y de asilo, que ha convertido la huida en una nueva forma de violencia, tiene graves consecuencias en el ejercicio y disfrute de los derechos humanos de las personas refugiadas e inmigrantes y supone un incumplimiento de los convenios y tratados internacionales suscritos (Diccionario de Asilo de CEAR).

---

**3** El concepto sociológico de capital cultural fue acuñado y popularizado por Pierre Bourdieu. El autor define capital cultural como las formas de conocimiento, educación, habilidades, y ventajas que tiene una persona y que le dan un estatus más alto dentro de la sociedad. En principio, son los padres quienes proveen al niño de cierto capital cultural, transmitiéndole actitudes y conocimiento necesarios para desarrollarse en el sistema educativo actual que después se refuerza en las escuelas y situaciones de la vida diaria.

---

**4** Amaia Pérez Orozco (2014) rescata el concepto de economía de rebusque de las compañeras de Mesoamericanas en Resistencia por una Vida Digna, quienes lo usaron en su intervención en el primero de los Encuentros Preparatorios para el IV Congreso de Economía Feminista «Pensar juntas, articulando acciones para una economía al servicio de las personas», 27 de febrero de 2013

---

**5** La RGI: La Renta de Garantía de Ingresos en el País Vasco es una prestación periódica y de derecho subjetivo de naturaleza económica, dirigida a las personas integradas en una Unidad de Convivencia que no disponga de ingresos suficientes para hacer frente tanto a los gastos asociados a las necesidades básicas, como a los gastos derivados de un procesos de inclusión laboral o social.

---

**6** La Educación de Personas Adultas (EPA) proporciona una formación básica entendida como el proceso formativo que abarca desde la alfabetización hasta la obtención del título de Graduado en Educación Secundaria.

# Bibliografía

**Balash, Marcel y Marisela Montenegro (2003):** "Una propuesta metodológica desde las producciones narrativas", Encuentros en Psicología Social, 1(3), 44-48.

**Cabruja, Teresa, Lupicinio Iñiguez y Félix Vazquez (2000):** "Cómo construimos el mundo: relativismo, espacios de relación y narratividad", Análisis. Cuadernos de Comunicación i Cultura, 25, 61-94.

**CEAR- Euskadi (2017). Refugiadas:** *La trata con fines de explotación sexual en el contexto de militarización y cierre de fronteras.* Bilbao.

**Federici, Silvia. (2013).** *Revolución en punto cero: trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas.* Madrid: Traficantes de sueños.

**Foucault, Michel. (1976).** *Historia de la sexualidad vol. I. La voluntad de saber.* Madrid: siglo XXI.

**Gergen, Kenneth J. (1985):** "The social constructionist movement in modern psychology", American Psychologist, 40(3), 266-275.

**Gergen, Kenneth J. y Mary Gergen (1983):** "Narratives of the self", en SARBIN, Theodore y Karl Scheibe (eds.): *Studies in social identity*, Praeger, Nueva York, 225-273.

**Goolishian, Harold.(1994).** *Narrativa y self. Algunos dilemas posmodernos de la psicoterapia.* Morin, Guattari, Pearce, Elkaim y otros. Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad, 293-306.

**Haraway, Donna (1995):** *Ciencia, cyborg y mujeres.* La reinención de la naturaleza, Cátedra, Madrid.

**Harvey, Davis. (2004).** *El "nuevo" imperialismo: acumulación por desposesión.* Socialistregister.

**Manciaux, Michel., Vanistendael, Stefan., Lecomte, Jacques., & Cyrulnik, Boris. (2001).** *La résilience: état des lieux.* Cahiers medico sociaux, 13-20.

**Pérez Orozco, Amaia. (2014).** *Subversión feminista de la economía.* Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida. España: Traficantes de sueños. ProgrammePaper, (3).

**Pujol, Joan y Marisela Montenegro (2013):** "Producciones narrativas: una propuesta teórico-práctica para la investigación narrativa", en RODIGOU, Maite y Horario PAULÍN (eds.): *Coloquios de investigación cualitativa: desafíos en la investigación como relación social*, Socialex, Córdoba, 15-42.

**Romero Bachiller, Carmen. (2007).** *El exotismo de los cuerpos y la fetichización de la mirada en la producción de las «mujeres inmigrantes» como «otras».* MJ Sánchez Leyva & A. Reigada (Coords.), *Crítica feminista y comunicación*, 186-214.

**Ross, Fiona. (2006).** "La elaboración de una Memoria Nacional: la Comisión de Verdad y Reconciliación de Sudáfrica", *Cuadernos de Antropología Social*, 24, 51-68.

**Sassen, Sassen. (2015).** *Expulsiones: brutalidad y complejidad en la economía global (Vol. 3090).* Katz editores.

**Segato, Rita. (2016).** *La guerra contra las mujeres.* Madrid: Traficantes de Sueño.

**Theidon, Kimberly (2009):** "La teta asustada: una teoría sobre la violencia de la memoria", *Ideele: Revista del Instituto de Defensa Legal*, 191.

**Women's Link Worldwide (2009):** *Los derechos de las mujeres migrantes, una realidad invisible.*

**Women's Link Worldwide (2015):** *La trata de mujeres y niñas nigerianas: esclavitud entre fronteras y prejuicios.*